

JUAN BAUTISTA ARMBRUSTER

MARÍA EN LA IGLESIA



Juan Bautista Armbruster sm

María en la Iglesia

Texto de tres conferencias durante el Sínodo diocesano
por el P.J.-B. Armbruster sm

Parroquia Sainte-Eulalie 13, plaza Sainte-Eulalie
33000 BURDEOS

1991

Servicio de Publicaciones Marianistas

2026

LA IGLESIA, MARÍA Y NOSOTROS

Desde que el Papa Juan Pablo II instituyó el Año Mariano en 1987, toda la Iglesia se ha esforzado por «vivir el Adviento del año 2000 con María». En esta dinámica, miembros de la Familia Marianista emprenden iniciativas en todo el mundo para promover a María, darla a conocer, amarla y servirla. De esta manera, desarrollan, a su manera y con su carisma particular, la visión de Juan Pablo II.

El Adviento es especialmente propicio para esta reflexión, ya que es el tiempo mariano por excelencia, que da dirección a cada año litúrgico. Pero, ¿acaso nuestras comunidades religiosas, al igual que María y toda la Iglesia, esperan realmente la venida de Cristo? Sin embargo, nuevas señales nos indican que los cristianos de todas las denominaciones esperan que María los reúna en unidad. El Grupo Dombes, por ejemplo, integrado por teólogos francófonos de tradición reformada, luterana y católica, acaba de publicar, en rápida sucesión, «MARÍA EN EL DESIGNIO DE DIOS Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS», es decir, «MARÍA EN LA HISTORIA Y LAS ESCRITURAS», y un segundo folleto que intenta abordar las difíciles cuestiones que surgen de los dogmas marianos. ¿Quién habría dicho, incluso hace diez años, que María podía ser considerada una «reunificadora de creyentes», cuando durante tanto tiempo apareció para algunos como un signo de división?

Es en esta gracia de comunión progresiva donde se nos invita a considerar a María como una «figura de la Iglesia». Ambas tienen una vocación maternal. La Iglesia, en el fervor del Espíritu Santo, tiene la misión de congregar a las personas en vibrantes comunidades cristianas para enviarlas a proclamar la Buena Nueva en el mundo. El Concilio Vaticano II ya nos presentó este magnífico programa.

Con María, Madre de la Iglesia, todos estamos invitados a ser portadores de esperanza para quienes nos rodean. De hecho, en medio de las disensiones y guerras de todo tipo que constantemente nos desafían, se trata de abrir caminos de esperanza, tal como Moisés abrió un camino de libertad a través del Mar Rojo para su pueblo oprimido. Esta solidaridad con el mundo de hoy nos compromete a esforzarnos por proponer la fe de maneras nuevas, pero también a combatir las múltiples causas de injusticia y fomentar iniciativas por la paz.

Es así como caminaremos con María por los senderos de la humanidad. La alianza que hemos hecho con ella nos impulsa a cultivar esos lazos de solidaridad que la Palabra de Dios llama caridad o amor al prójimo.

El padre Jean-Baptiste Armbruster tuvo la oportunidad, hace algunos años, de reiterar esto a los feligreses de la parroquia de Santa Eulalia en Burdeos, a la que pertenece la capilla de La Magdalena. Le agradezco que haya compartido estas reflexiones con nosotros, como parte de las HOJAS DE VIDA ESPIRITUAL para este año 1998-1999. Pero en lugar de enviarlos en tres entregas, como de costumbre, me pareció más apropiado hacerlo todas

juntas este Adviento de 1998. Estoy seguro de que estas páginas inspirarán una renovada reflexión personal y enriquecerán nuestra comunión comunitaria.

En el umbral de este año litúrgico, dedicado más específicamente a volvernos al «Padre de toda misericordia» y a renovar diariamente nuestro «amor a Dios y al prójimo», encomiendo estas páginas a María y al Espíritu Santo para que estemos más atentos a lo que constituye la esencia de nuestra vocación en el corazón del misterio de la Iglesia.

París, 29 de noviembre de 1998

Primer Domingo de Adviento

P. Vincent Gizard, SM

INTRODUCCIÓN

El 29 de octubre de 1963, el Concilio Vaticano II dio un paso profético respecto a la Virgen María. Los Padres conciliares debían decidir ese día si integrar o no el texto sobre María en el texto sobre la Iglesia (Lumen Gentium). Esta votación dividió al Concilio, ya que la mayoría fue de tan solo 40 votos de un total de 2188 emitidos. ¿Por qué, en un punto que nos parece insignificante, se produjo tal división en el Concilio?

Más allá de los textos en sí, la integración de María en la Iglesia distaba mucho de ser una decisión tomada. El Concilio debía decidir tanto sobre la naturaleza de la Iglesia como sobre una determinada visión de la doctrina mariana. Esta votación histórica, por lo tanto, tocó puntos sensibles de la fe católica y reflejó las dudas que aún persisten en el corazón de muchos cristianos hoy en día sobre el lugar y la misión de María en la Iglesia.

Sin caer en polémicas estériles, estas tres presentaciones pretenden esclarecer el lugar y la misión de María en la Iglesia, tal como los presentaron el Concilio Vaticano II y los Papas Pablo VI y Juan Pablo II. Es evidente que muchos creyentes hoy en día parecen ignorar a la Madre de Dios. En realidad, han perdido la devoción a la Santísima Virgen y buscan lo que la fe cristiana dice sobre ella.

Al igual que el Concilio, situemos a María dentro de la Iglesia. El título mismo del Capítulo 8 de la Constitución sobre la Iglesia, Lumen Gentium (en adelante, LG), proporciona una orientación fundamental: La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Este admirable capítulo mariano, el más importante jamás propuesto por un concilio, sigue siendo ignorado con demasiada frecuencia por muchos católicos.

La reflexión aquí presentada se basa en la historia de María tal como se nos presenta en los textos bíblicos. Un análisis detallado de estos textos subyace al texto de estas tres presentaciones.

María existió antes de Jesús como una mujer judía, una mujer de la Alianza. Se convirtió en la Madre de Cristo y estuvo asociada a su misión de salvación, que consiste en dar origen a la Iglesia en el Calvario: primera presentación.

Luego, la Madre de Jesús está activamente presente en la Iglesia, confirmada por el Espíritu en Pentecostés. Esta Iglesia vive en un tiempo de esperanza, orientada hacia el regreso del Cristo glorioso: segunda presentación.

Al final de este recorrido histórico, tendremos un conjunto de datos que nos permitirá explicar, según la fe, nuestra relación filial con María: tercera presentación.

1.- MARÍA INMACULADA, MUJER DE LA ALIANZA BÍBLICA

Dios prepara a cada persona para su vocación y le concede las gracias necesarias para cumplir su misión. Este es el caso de María, la Madre de Jesús. Fue elegida para ser la Madre del Mesías Salvador. Dios la santificó desde su concepción, llamándola a una vida santa, totalmente orientada hacia el Señor. Así preparada, pudo, el día de la Anunciación, responder sí a Dios con alegría y libertad.

EL CAMINO DE MARÍA, CAMINO DE DIOS

María es la **mujer judía** que San Lucas presenta, por primera vez en las Escrituras, cuando el ángel Gabriel le es enviado por Dios. La tradición dice que nació de San Joaquín y Santa Ana. Poco se sabe de su infancia. Pero la belleza de su alma y su gracia se hacen evidentes para quienes se toman el tiempo de estudiar las Escrituras y la Tradición Cristiana.

María, la mujer «llena de gracia»

La futura Madre de Dios, desde el momento de su concepción, estuvo y sigue estando llena de gracia, como le reveló el ángel Gabriel (Lc 1,28). En la Iglesia, hemos adoptado la costumbre de decir que María fue **concebida sin pecado**, lo cual constituye el **aspecto negativo de un misterio** de la divina providencia que la revistió desde su nacimiento y la santificó.

SANTA E INMACULADA EN SU PRESENCIA

Nosotros, pecadores, necesitamos la doble dimensión expresada en la concepción de María: el perdón de los pecados y la plenitud de la gracia. Y aquí descubrimos que Dios hace por toda la Iglesia lo que hace en nuestro bautismo y lo que hizo por María en su santa concepción. En efecto, Dios nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para ser santos e irrepreensibles delante de él en amor (Efesios 1,4). Lo que la Iglesia ha de ser, María lo ha sido desde su mismo comienzo. Dios la crea desde el principio como Él quiere que la Iglesia sea en su plenitud. Esta situación muestra cuán estrechamente vinculadas están María y la Iglesia en la voluntad de Dios. ¿Por qué, entonces, están tan poco vinculadas en nuestra fe vivida?

Situemos primero a María en relación con la historia de su pueblo. En esta santa niña, Dios lleva a su plenitud, a su perfección, la santidad de su pueblo. Jesús dirá más tarde que no vino a abolir la Ley ni los Profetas, sino a cumplirlos todos (Mt 5,17). Para prepararla para ser la digna Madre de Cristo, Dios le otorga a María, en su plenitud, aquello que deseaba encontrar en su pueblo, al cual repite por medio de sus profetas: «Sed santos, porque yo soy

santo» (Lev 19:2). En la hija de Ana y Joaquín, Dios lleva a su plenitud la santidad que había cultivado en su pueblo. Todos los santos de la Antigua Alianza pueden mirar a María y reconocerse en ella.

Al crear a María, la Santísima, Dios comienza a guiar al mundo hacia la plenitud de los tiempos, hacia el momento señalado por Dios para enviar a su Hijo, que nacerá de una mujer (Gal 4:4). La Madre ya está aquí; el Hijo le seguirá, eso es seguro ahora. María, santa e inmaculada, aún hoy, tiene la misión de preparar la llegada del Salvador, de esperar con ella al que ha de venir.

HACIA LA NUEVA JERUSALÉN

En la santa e inmaculada concepción de María, Dios crea, tras una larga preparación, un nuevo comienzo para la humanidad. Pone en marcha la etapa decisiva de su plan de amor y misericordia.

¿Podemos comparar la Inmaculada Concepción de María con la creación del sexto día? Adán y Eva también fueron creados santos y sin pecado. Sin embargo, la Inmaculada Concepción de María no es un regreso al paraíso perdido. Según las Escrituras, es la colocación de la primera piedra de la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, que desciende de Dios (Ap 21:2). Esta santa concepción de María es, por lo tanto, el comienzo de la Iglesia, ya presente en germen en la futura Madre del Salvador.

Esta plenitud de gracia se ofrece, además, a María como un don anticipado del sacrificio que Jesús ofrecerá en la Cruz. Es cierto que todas las personas, antes de Cristo, son salvadas en consideración de la ofrenda redentora de Jesús. **Lo singular** de la Inmaculada Concepción de María es la **plenitud de la gracia recibida**. No solo es salvada del pecado, como las demás personas, sino que Dios, en el amor especial que tiene por la futura Madre de su Hijo, la ha **preservado de todo pecado**.

Esta es la gran novedad de esta primera gracia concedida a María. En ella nace la Iglesia en la que la fe reconoce una santidad inquebrantable, como se expresa en *Lumen Gentium*, pues amó a la Iglesia como a su esposa y se entregó por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-26) (LG, n.º 39). Lo que el Hijo de Dios hará por su Iglesia, lo hizo primero, en su plenitud, por su Madre.

Esta santidad permanece aún completamente oculta en el corazón de María. En ella, Dios pone en marcha un mundo nuevo, salvado por su Hijo. En ella comienza la novedad del Evangelio como Buena Nueva. El vino superior que María recibió de Jesús en Caná simboliza este Nuevo Testamento, que germinó en su interior desde su nacimiento.

No es de extrañar, comenta el Concilio, que los Santos Padres llamen comúnmente a la Madre de Dios la Santísima, aquella que está libre de toda mancha de pecado, aquella que es formada y transformada como una nueva criatura por el Espíritu Santo. Desde el primer instante de su concepción, se ve adornada con el esplendor de una santidad verdaderamente singular (LG, n.º 56).

Mujer concebida en santidad, María, en cooperación con el Espíritu Santo, puede estar presente en todas las etapas del camino hacia la santidad: bautismo, conversiones, reconciliaciones, retiros espirituales, la elección de un estado de vida; misiones, sínodos, concilios, cuando se trata de la Iglesia. Quienes se acercan a ella son llamados a crecer en santidad, a vivir las exigencias de su bautismo con una profundidad cada vez renovada. María, concebida sin pecado, también enseña a los cristianos a redescubrir la plena riqueza del sacramento de la reconciliación, un sacramento que les ayuda a crecer en santidad al tiempo que les perdona sus pecados.

María, Virgen santa

María nació, creció. Tan pronto como tomó conciencia de sí misma, sintió un impulso interior, en un acto de amor abnegado, de responder a la elección que el Dios de la Alianza había hecho de ella. La Fiesta de la Presentación de María, el 21 de noviembre, celebra esta primera consagración de María a Dios.

CONSAGRACIÓN VIRGINAL

Esta primera ofrenda de la joven María es tan total y completa como su gracia. Desde ahora, esta niña desea y solo puede pertenecer a Dios en una fidelidad virginal exclusiva. El ángel Gabriel la encontrará más tarde fiel a esta primera consagración: «¿Cómo puede ser esto, puesto que soy virgen?» (Lc 1,34).

¡He aquí, pues, María, la Santísima Virgen! El Espíritu de Dios le hizo comprender que estaba llamada a vivir en estado virginal según la Alianza. En su persona, ella es la esposa de Yahvé (cf. Os 2,21-22), el símbolo perfecto de su pueblo que responde a su Dios con tierno amor y total fidelidad. En ella se realiza plenamente esta nueva Alianza anunciada por Jeremías a favor del pueblo renovado por su Dios (31,31-34).

De ahora en adelante, María, libre de todo pecado, dotada por su Dios de un corazón de carne (Ezequiel 36:25-26), pertenece solo a Dios y para siempre.

Ella se entrega a Él. ¿Qué le deparará el futuro? Dios se lo revelará a su debido tiempo. En efecto, cuando el ángel Gabriel fue enviado por Dios a Nazaret, una ciudad de Galilea, para encontrarse con una virgen, la halló abierta a Dios y dispuesta a cumplir su Palabra (Lc 1,26).

LA VIRGINIDAD DE MARÍA, LA VIRGINIDAD DE LA IGLESIA

La virginidad de María, al igual que su gracia, es símbolo y el comienzo de la virginidad de la Iglesia. Mejor que el apóstol Pablo, María puede decir a sus seguidores: «Tengo celos con los celos de Dios, porque os he desposado con un solo esposo, como una virgen pura, para presentaros a Cristo» (2 Cor 11,2).

La Iglesia, como María y con ella, pertenece a Jesucristo en una virginidad espiritual que la impulsa a dar prioridad al amor por su Maestro y Señor. Se aferra a Él con una fe inquebrantable, inspirada por este amor único, una fe que brota de su corazón. ¿Acaso no ha repetido incansablemente, desde los tiempos apostólicos: «Creo en Dios, creo en Jesucristo, creo en el Espíritu Santo»? Y siempre se ha esforzado por mantener intacta y completa esta fe sincera, expresión de su virginidad espiritual.

María, la Santísima Virgen, ejerció una poderosa atracción sobre muchos cristianos y cristianas dentro de la Iglesia desde muy temprana edad, llevándolos a ver como algo bueno (cf. 1 Cor 7,26) un estado de vida similar al suyo: el de una virgen dedicada a los asuntos del Señor, a los medios para agradarle (1 Cor 7,32). A la Virgen María le corresponde, entonces como ahora, ser testigo del valor de la virginidad cristiana, de una vida consagrada exclusivamente a Cristo, amado por encima de todos los demás y a su servicio en medio de nuestros hermanos y hermanas.

Sin embargo, como bien observa Pablo VI, al contemplar a la Virgen tal como se presenta en el Evangelio... comprendemos que la elección de María del estado virginal, que en el plan de Dios la preparó para el misterio de la Encarnación, no fue un rechazo de los valores de la vida matrimonial, sino más bien una elección valiente, hecha para consagrarse enteramente al amor de Dios (Pablo VI, *Marialis cultus*, n.º 37). Ella...

Aprendemos, por lo tanto, y nos preparamos para expresar nuestras propias respuestas amorosas a Dios, pues cada persona recibe de Dios su don particular, uno de una manera y otro de otra (1 Cor 7:7), para manifestar al mundo las riquezas de la gracia de Cristo el Señor.

María la Creyente, Mujer de la Alianza

María, una mujer judía creyente, vive, naturalmente, según la Biblia. Su estructura espiritual y social es bíblica. Cree con todo su corazón en Yahvé, el Dios de su pueblo, quien, mediante la Alianza, se ha convertido en su Dios. Ora con los Salmos. Ante Dios, se ve a sí misma como una humilde sierva que busca cumplir la voluntad de su Señor. Está a la vanguardia de los humildes y pobres del Señor que esperan la salvación con confianza y la reciben de Él (LG, n.º 55). Profundicemos en cómo María vivió su fe bíblica.

DEL ANTIGUO AL NUEVO PACTO

Vivir con María es aprender de ella cómo creer según las Escrituras. A lo largo de su vida, María nos muestra cómo transitar del Antiguo al Nuevo Testamento, cómo uno preparó al otro, pues el plan de Dios es único y se desarrolla a lo largo de la historia de la humanidad. Toda la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, manifiesta la pedagogía del Espíritu Santo, que busca guiar a la humanidad progresivamente para que, en Cristo, se conviertan en hijos e hijas de Dios Padre.

María es el vínculo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En ella, se completa la preparación para la salvación en Jesucristo y comienza su realización. Antes de ser escrito, el Nuevo Testamento fue vivido por María, la Mujer de la Alianza. A lo largo de su vida, entra en esta relación de amor mutuo que conecta a Dios con la humanidad y a la humanidad con su Dios.

María experimentó la transición del judaísmo al cristianismo. Su fe como mujer judía en el Dios de amor le permitió cruzar la barrera religiosa que aún hoy limita a los seguidores de la Antigua Alianza en su espera del Mesías. María, la humilde Hija de Sión lo reconocerá en cuanto el ángel Gabriel se lo anuncie.

Por lo tanto, podemos considerar que, incluso hoy, la misión de María es guiar a su pueblo de la Ley a la Fe en Jesucristo. Esta era la gran preocupación de San Pablo, quien la expresa en su carta a los Romanos, capítulos 9 al 11. Más que Pablo, y quizás con palabras más maternas, María puede decir: «Este es el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por ellos: que se salven. Porque doy testimonio de que son celosos de Dios, pero su celo no está iluminado por el conocimiento. No conocieron la justicia que viene de Dios y procuraron establecer la suya propia, de modo que no se sometieron a la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para que la justicia sea dada a todo aquel que cree» (Romanos 10:1-4). Pasar de la Ley a la Fe, del legalismo al amor de Cristo, es también una conversión que los cristianos deben experimentar.

LA FE DE MARÍA: UNIENDO PALABRA Y ACONTECIMIENTOS

Sí, María tiene la misión de iniciarnos en una fe como la suya. La fe de la Santísima Virgen nunca se limitó a la Ley, sino que, como Mujer de la Alianza, se remitió constantemente a la Palabra de Dios y, por lo tanto, a la voluntad divina. Esta fe, que resulta muy incómoda para nuestra sensación de seguridad, deja el futuro abierto.

San Lucas, en el relato del nacimiento de Jesús, subraya la singular reacción de María ante las palabras de los pastores (2:19). En su corazón, necesitaba asimilar y comparar estas palabras de revelación con los acontecimientos que acababa de vivir: dar a luz a su hijo, que es su Dios. Entonces, debió surgir en su interior una pregunta crucial: ¿cómo criar a este pequeño que es a la vez su hijo y su Dios?

Ante nuestras propias preguntas, la Madre de Jesús nos invita a buscar respuestas de acuerdo con la voluntad de Dios mediante la meditación de la fe. Al igual que ella, debemos confrontar la Palabra de Dios con nuestras experiencias y esforzarnos por situar nuestras acciones a la luz de la Revelación divina para que se conviertan en historia santa, nuestra historia humana inspirada y guiada por el Dios Santo.

LA FE COMO RESPUESTA A LA ALIANZA

Esta fe, abierta a Dios y llena de amor, estructuró la vida espiritual de María. Mujer de la Alianza, buscó durante toda su vida responder al Dios de la Alianza. Existía entre ellos un profundo vínculo de amor. Cuando Moisés celebró en el Sinaí la Alianza entre Dios y el pueblo que había salido de Egipto, expresaron su adhesión con estas sencillas palabras: «Todo lo que el Señor ha dicho, lo haremos y obedeceremos» (Éxodo 24:7). Tal era la fe de María. La palabra de Dios la llamó y la impulsó a actuar: «Hágase en mí según tu palabra», respondió al ángel. Y sus últimas palabras, registradas en la Escritura, fueron dirigidas a los sirvientes en la boda de Caná: «Haced lo que él os diga» (Juan 2:5).

Un verdadero amor por María es, por lo tanto, una invitación constante de ella a que, como ella lo hizo, remitamos nuestras propias vidas a la Revelación bíblica, particularmente al Evangelio. Con María, una espiritualidad de la Alianza puede tomar forma en nosotros: un amor que responde al amor que Dios nos muestra primero, un amor recíproco, un amor que también nos inspira a ofrecernos generosamente a Dios por el bien de su pueblo.

María, la Mujer del Adviento Bíblico

Acompañémonos a María en el momento en que Dios está a punto de enviarle a su ángel, cuando ha llegado la plenitud de los tiempos, su cumplimiento (Gál 4,4). Entonces María completa su Adviento bíblico. Al igual que sus contemporáneos, e incluso más, esperaba al que había de venir (Lc 7,19), al Mesías de Dios. Tenía la mirada puesta en un futuro luminoso, un amanecer antes del día. Muchos textos bíblicos que la Iglesia relee y medita durante el Adviento son maravillosamente apropiados para la futura Madre del Mesías. En esta Mujer de la Alianza, se cumple la esperanza de su pueblo. La larga esperanza que experimentó su pueblo, culminando en María, se hará realidad.

ADVIENTO, EL VERDADERO MES DE MARÍA

Por lo tanto, no sorprende que, en la Iglesia posconciliar, Pablo VI quisiera enfatizar que el Adviento es el verdadero mes de María, según la liturgia. Además de la solemnidad del 8 de diciembre, cuando se celebra la Inmaculada Concepción de María, junto con la preparación fundamental (cf. Isaías 11, 1, 10) para la venida del Salvador y el bendito amanecer de la Iglesia, sin mancha ni defecto, la liturgia recuerda frecuentemente la figura de la Virgen María. De este modo, los fieles que, a través de la liturgia, experimentan el espíritu del Adviento, reflexionando sobre el amor inefable con el que la Virgen Madre esperó al Hijo, serán llevados a tomarla como modelo y prepararse para recibir al Salvador venidero, «vigilantes en la oración y llenos de alegría» (Pablo VI, *Marialis cultus*, nn. 3-4).

María también nos ayuda a vivir más plenamente el sentido escatológico del Adviento. También deseamos señalar que la liturgia de Adviento, al unir la esperanza mesiánica y la espera del glorioso regreso de Cristo con el recuerdo reverente de su Madre, presenta un equilibrio armonioso en el culto que puede servir de guía para evitar cualquier tendencia a separar, como ha ocurrido a veces en ciertas formas de piedad popular, la veneración de la Virgen de su indispensable punto de referencia: Cristo.

De ello se deduce que este período, como han observado los liturgistas, debe considerarse un tiempo particularmente propicio para la veneración de la Madre del Señor. Confirmamos esta orientación y esperamos que sea acogida y seguida en todas partes (ibíd., n.º 4). El Adviento, un período durante el cual la devoción mariana y el culto litúrgico se encuentran y se apoyan mutuamente de manera privilegiada.

EL ADVIENTO MARIANO DEL AÑO 2000

El Papa Juan Pablo II va aún más allá. Para él, el hecho de que María preceda a la venida de Cristo, hecho que se refleja cada año en la liturgia de Adviento, invita a la Iglesia a celebrar un Adviento mariano. Los años que nos separan del final del segundo milenio después de Cristo y del comienzo del tercer milenio pueden compararse con esta antigua expectativa histórica del Salvador.

La invitación es clara y se repite varias veces: toda la Iglesia debe prepararse para celebrar, a principios del siglo XXI, el bimilenario del nacimiento de Cristo. Y la mejor manera de hacerlo es resaltar la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante estos últimos años previos al año 2000 (Juan Pablo II, *La Madre del Redentor*, n.º 3, 48-50). Este es el significado del Adviento Mariano inaugurado por el Año Mariano de 1987-1988, un

tiempo para vivir, junto a la Madre de Jesús, hasta el tercer milenio cristiano. Esta iniciativa subraya de manera singular cómo María encarna la esperanza de nuestro mundo, que aguarda a un Salvador.

Antes del nacimiento de Cristo, María es la Mujer Judía en quien se concentran plenamente todas las actitudes bíblicas fundamentales. Vividas por la Santísima Virgen, estas actitudes maduraron bajo la acción de la gracia ya cristiana recibida en la Inmaculada Concepción. En María, estas disposiciones fundamentales se convirtieron en virtudes evangélicas. Unida virginalmente al Dios de la Alianza, María se abre al futuro que este Dios de amor le prepara. Está dispuesta a decirle un «sí» total y definitivo, en nombre de toda la humanidad, a la que atraerá consigo al misterio de Cristo y su Iglesia.

EL CAMINO DE MARÍA, CAMINO DE CRISTO

Tras contemplar esta larga y fructífera preparación de María para su vocación, debemos ahora dirigirnos al acontecimiento central de la historia humana: el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. María recibe la visita del ángel Gabriel, enviado por Dios. La Mujer de la Antigua Alianza entrará en la nueva y eterna Alianza en Jesús y atraerá consigo a toda la humanidad. La creyente judía elige entonces convertirse plenamente al cristianismo porque se le revela el Nombre de Cristo Salvador, Jesús, y con todo su corazón le entrega su fe.

Su *presentación a Dios* preparó a María para comprometerse, para ofrecerse, para consagrarse por completo a su Hijo y para unirse, en íntima comunión, a su misión como Salvador. Así comenzó para la Madre, ahora discípula y colaboradora de su Hijo, un largo camino de fe, esperanza, caridad y unión con Cristo, que es su participación maternal en el misterio de la salvación realizado por Jesucristo.

María elige ser la Madre de Jesús el Salvador.

Toda la misión de Jesús el Salvador, en su vida terrenal, consiste en establecer la nueva y eterna Alianza. Porque en su Hijo Jesús, Dios desea sellar entre Él y la humanidad un pacto definitivo de amor, vivido en la Iglesia.

«Y EL VERBO SE HIZO CARNE»

La unión de las dos naturalezas, la divina y la humana, en la única persona del Hijo de Dios, es el cumplimiento perfecto de la Alianza entre Dios y la humanidad. Jesús es Dios y Hombre, por los siglos de los siglos. Esto solo podía ser obra de Dios, y como tal, es perfecto y definitivo desde el principio.

María, Activa y Cooperadora

Sin embargo, este misterio de Dios hecho hombre no se realizó sin la participación consciente y activa de María, la Madre de Jesús. El relato de la Anunciación (Lc 1,26-38) resalta las reacciones y palabras de María, que demuestran su participación consciente y libre en esta alianza divina.

Recibe con fe el saludo del ángel y luego el doble anuncio. Sus reacciones son las de una creyente. Experimenta una reverencia profunda ante Dios. Escucha las palabras del ángel, mediador de la alianza, como palabras de Dios. Reflexiona y plantea su pregunta en el ámbito de la fe antes de comprometerse libremente como Mujer de la Alianza, en quien el decir y el hacer, la palabra y la acción, son uno: «¡He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra!». Y aquí está María, que por el Espíritu Santo, ha llegado a ser Madre del Hijo de Dios, **Madre de Dios en su naturaleza humana.**

María, Madre de Dios

La Iglesia reconoció muy pronto a María como la «Madre de Dios», *la Theotokos, a quien honra con justa razón con una devoción especial... Es especialmente desde el Concilio de Éfeso que la devoción del pueblo de Dios a María, una devoción que es a la vez veneración y amor, oración e imitación, ha crecido admirablemente, según la profecía de la propia María: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha hecho grandes cosas por mí»* (Lc 1,48-49). Tras esta afirmación de la grandeza de María, el Concilio Vaticano II aclara: *Si bien se honra a la Madre, el Hijo, para quien existen todas las cosas y en quien «quiso» al Padre eterno «habitar toda su plenitud»* (Col 1,19), *es debidamente reconocido, amado, glorificado y obedecido* (LG nn. 66-67). La exaltación de la Madre proviene de la divinidad de su Hijo.

VIVIENDO LA FE CON MARÍA

Lo que la Iglesia aprende de María en la Anunciación, así como a lo largo de toda su vida, es ante todo discernimiento en la fe para que cada uno de nosotros pueda participar con lucidez y plenitud en su propia vocación al servicio del Salvador. María es una excelente consejera en nuestras decisiones, a veces difíciles.

Orando a la Madre de Dios

Orar a María, meditando en su vida evangélica, es fuente de luz y fortaleza. Acoger los planes de Dios no siempre es fácil. ¿Acaso no pensamos a veces que nos pide demasiado? El ejemplo de María en la Anunciación y nuestra oración inspiran generosidad en nuestras decisiones y compromisos.

Para mantener presente en sus vidas este misterio de la Encarnación, para estar inmersos en su atmósfera de fe y amor, muchos cristianos han mantenido o retomado la oración del Ángelus, por la mañana, al mediodía y por la tarde, en los tres momentos característicos del día que marcan periodos de actividad y constituyen una invitación a dedicar un momento para orar. Esta oración tiene una estructura muy sencilla: tres textos bíblicos y tres Ave Marías, seguidos de un versículo y una oración litúrgica en la que nos referimos a la Encarnación y al misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Es una excelente oración mariana, según Pablo VI, quien la recomendó a los cristianos en su Exhortación *Marialis cultus*, n.º 41.

La fe de la Madre de Dios

Más profundamente, el acto de fe de María en su Anunciación nos invita a una vida de fe interiorizada y reflexiva. En la escuela de María, y especialmente hoy, la «fe simplista» ya no puede prevalecer en una Iglesia completamente misionera. Los cristianos se enfrentan a

innumerables desafíos en un mundo que ya no los comprende, en un mundo que busca independizarse de Dios, mientras que hoy en día se construyen sistemas de pensamiento y religiones naturales que rechazan la fe cristiana.

La fe de María es la de una mujer humilde, acostumbrada a estar en la presencia de Dios a través de la oración. A diferencia de Zacarías (Lc 1:18), ella no pide una señal como los escépticos, sino que, desde la fe, plantea la pregunta cuya respuesta le dará luz: *¿Cómo será esto?* María es teóloga porque busca, con toda su inteligencia, comprender el significado y el contenido de la Palabra de Dios, entender cómo esta Palabra puede cumplirse en su interior. Y la respuesta le llega inmediatamente del ángel: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el niño que nacerá será llamado Santo, Hijo de Dios* (Lc 1:35).

Cuando el apóstol Tomás se encuentra con Jesús resucitado, Jesús le dice: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* (Jn 20:29). Esta bienaventuranza se aplica a los cristianos que creyeron basándose en el testimonio de los apóstoles y de la Iglesia, sin haber visto a Jesús. Esta es la fe de la Iglesia. Esta fue también la fe de María, que creyó en la palabra del ángel.

Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, beatificó a su prima por otro aspecto de su fe. En la Visitación, María escuchó las palabras: «Sí, bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que el Señor le dijo» (Lc 1,45). Aquí ya no nos encontramos en la fuente de la fe como testimonio recibido, sino en su resultado, **en el cumplimiento de la fe**. Y para María, en la Anunciación, este resultado aún era bastante invisible e intangible. Sin embargo, con todo su corazón creyó, pues *para Dios nada es imposible*, le había afirmado el ángel. Esta sencilla palabra le bastó.

La fe de María, como la de la Iglesia, no consiste solo en creer en el testimonio recibido, sino también en el cumplimiento de las promesas de Dios, incluso cuando aún están envueltas en el misterio del futuro y nos resultan desconocidas. Entonces la fe se convierte en compromiso.

María se compromete con Jesús el Salvador

¿Cuál fue el primer acto de la completamente nueva Madre de Jesús en aquel momento misterioso en que el Verbo se hizo carne en su seno? Autores y predicadores han ofrecido muchas respuestas a esta pregunta. El Concilio Vaticano II presentó su propia interpretación. Examinémosla con más detenimiento.

MARÍA SE CONSAGRA A SU HIJO

En *Lumen Gentium*, n.º 56, el Concilio escribe que María, en ese momento, *se consagró por completo como sierva del Señor a la persona y la obra de su Hijo. Hizo esta consagración de todo corazón, sin que el pecado la obstaculizara*. Solo la Inmaculada Concepción podía ofrecer algo tan perfecto. Desde su primera presentación a Dios, maduró; *el Espíritu Santo la moldeó y la formó como una nueva criatura*. Ahora que lleva en su seno, consciente pero aún insensible, al Hijo de Dios, ¿qué puede hacer sino ofrecerse a Aquel que se acaba de entregar a ella?: una sencilla respuesta de amor a Aquel que la amó primero.

Como verdadera cristiana, María comprendió, a la luz del Espíritu, que desde entonces, **consagrarse a Dios era consagrarse a Jesús**. La Iglesia la seguiría en este camino de entrega total a Cristo Salvador. Muchos cristianos, movidos por un amor esponsal a Jesús, seguirían el ejemplo de María y le dedicarían toda su vida. Así, María de Nazaret se encuentra en el origen del **proceso que constituye toda consagración religiosa en la Iglesia**.

Mediante su consagración a su Hijo, la Madre de Jesús adquiere una nueva cualidad: será la **Esposa de su Hijo**. Invertirá en él todo su amor esponsal y vivirá, de manera singular, el primer mandamiento de toda la Biblia: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas» (Marcos 12:30). Pero, ¿es amar sin cooperar la plenitud del amor?

MARÍA SE CONSAGRA A LA MISIÓN DE SU HIJO

El Hijo y su misión son inseparables. Porque *Tanto amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna* (Juan 3:16). María acaba de recibir el don del Padre. Por medio del Espíritu Santo, se convierte en la Madre del Hijo enviado a la tierra en una misión. **Al consagrarse a Él, se compromete a colaborar en su misión como Salvador del mundo. Sierva del Señor**, se convierte en *Sierva de su Hijo*.

María hace suya la voluntad de Dios, que es salvar a la humanidad; la abraza *con todo su corazón*. Desde ahora hasta el fin de los tiempos, velará por la salvación de toda la humanidad. Porque en el misterio de la Encarnación del Salvador, la salvación de la humanidad ya está inscrita; es, de hecho, su propósito mismo. Al convertirse en la Madre de Cristo, Cabeza de la Iglesia, comienza a ser la Madre de la Iglesia misma, la madre de todos los que se salvarán.

Este compromiso de María se convierte en un ejemplo para la Iglesia y para cada uno de sus miembros. De ahora en adelante, recibir y acoger a Cristo, como María, mediante los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, implica necesariamente un compromiso con la misión de Cristo.

Exigencias de la misión

El doble movimiento de María, al consagrarse a la persona y la misión de su Hijo, es en realidad **un único movimiento**. Para participar en la misión, primero hay que consagrarse a la persona del Salvador. Este es un requisito fundamental de cualquier Alianza de amor. Para acompañar plenamente a alguien y mantener el dinamismo de su acción, es necesario un vínculo de pertenencia entre ambas personas.

Dado que la Iglesia pertenece a su Señor, debe, en este mismo amor esponsal, abrazar la misión del Salvador. Comprometerse en nombre de Cristo, y sobre todo perseverar en este compromiso, implica lógicamente pertenecerle. María sigue siendo el mejor ejemplo de esta **prioridad del ser sobre el hacer**. No hay amor a Cristo sin amor a la humanidad, pero, a la inversa, no hay amor a la humanidad sin amor a Cristo: este es un mensaje esencial de la joven Madre de Jesús a toda la Iglesia.

María también muestra a la Iglesia y a sus miembros **la manera más perfecta de servir** a la obra del Salvador. El texto del Concilio Vaticano II especifica que *María está completamente al servicio del misterio de la Redención, dependiente de su Hijo y unida a él por la gracia de Dios Todopoderoso* (LG, n.º 56). Porque ella es *Hija de Adán*, como nosotros. Jesús es lo primero. María coopera en su misión como Sierva que depende de él.

San Mateo, en el capítulo 2 de su Evangelio, subraya sutilmente que, desde el nacimiento de Jesús, es él, *el niño*, quien tiene prioridad. Los Reyes Magos *vieron al niño con María, su madre* (Mt 2,10). Para huir a Egipto, *José llevó consigo al niño y a su madre*, e hizo lo mismo a su regreso (Mt 2,13-14, 20-21). Desde su nacimiento, **Jesús condiciona la vida de sus padres**. Ellos están completamente a su servicio, atentos a cumplir la voluntad de Dios para el Niño. ¿Acaso no es esta la auténtica actitud de todo discípulo que responde al llamado del Maestro: «Ven y sígueme»?

La Gracia de la Misión

Servir al misterio de la salvación humana no es una ocupación que María pudiera atribuirse a sí misma; es una vocación divina, fruto de la *gracia de Dios Todopoderoso*. María no tenía derecho a ser la Madre de Cristo, ni a estar asociada a todos sus misterios. Fue preparada y llamada a ello por un don gratuito de Dios. Tampoco la Iglesia debe monopolizar la misión; la recibe continuamente de su Señor y del Espíritu Santo, quien extiende y lleva a término la misión de Cristo. **La misión es una gracia**, no una obligación. Nadie tiene derecho a gestionarla a su manera, sino el deber de servirla. Debe realizarse *en dependencia y unión con Cristo*, bajo la guía del Espíritu.

Por lo tanto, el Concilio puede concluir que *María no fue un instrumento meramente pasivo en manos de Dios, sino que cooperó en la salvación de la humanidad en la libertad de su fe y obediencia*. **María, dueña de todos los compromisos eclesiales**: *en la libertad de su fe*, se adhiere plenamente a su Hijo y Salvador consagrándose a él; *en la libertad de su obediencia*, coopera, como humilde y totalmente entregada *Sierva*, en la misión de su Hijo, Salvador de la humanidad.

María vive en comunión con Jesús Salvador.

Esta entrega total e irrevocable de la Madre a su Hijo y a su misión es algo que debe vivir a lo largo de su nueva vida como Madre. El Concilio, al evocar *el misterio de Cristo* (LG n.º 57-59), subrayó deliberadamente *esta unión de la Madre con su Hijo en la obra de la Redención, que se manifiesta desde la concepción virginal de Cristo hasta su muerte* (n.º 57).

MARÍA ASOCIADA A TODOS LOS MISTERIOS DE JESÚS

Sería necesario citar aquí la interesante presentación completa del Concilio en Lumen Gentium, n.º 57-59. He aquí algunos extractos. **En la Visitación**, que, junto con la Anunciación, es el Pentecostés personal de María, ella *se apresura a ver a Isabel*. El precursor es santificado y María es proclamada *bienaventurada por su fe en la promesa de salvación*.

Esta unión se manifiesta nuevamente en la Natividad, cuando la Madre de Dios, *llena de alegría*, *mostró a su primogénito a los pastores y a los Reyes Magos*. Luego lo presentó al

Señor en el Templo, donde recibió la profecía de que el Hijo sería un signo de contradicción y que una espada traspasaría el alma de la madre. A los doce años, Jesús, en un acto profético, reveló a sus padres cuál sería su futura misión y pasión. Los padres no comprendieron las palabras del Hijo. Su madre reflexionó y guardó todo esto en su corazón.

*Durante la **vida pública** de Jesús, su Madre realizó apariciones llenas de significado. En **Caná**, por su intercesión, obró el primero de los milagros de Jesús el Mesías. Durante la **predicación** de Jesús, ella escuchó las palabras con las que su Hijo, poniendo el Reino por encima de los lazos de carne y sangre, proclamaba bienaventurados los que escuchan y guardan la palabra de Dios, tal como ella lo hacía fielmente (cf. Lc 2,19 y 51).*

*Así, la Santísima Virgen misma progresó en el camino de la fe y permaneció fielmente unida a su Hijo hasta la **cruz**. Allí, no fue sin cumplir un plan divino que se mantuvo firme; sufrió profundamente con su único Hijo y se unió con toda su alma maternal a su sacrificio, aceptando amorosamente la inmolación de la víctima que había llevado en su vientre. Finalmente, el mismo Jesucristo, muriendo en la cruz, la dio como madre al discípulo, diciéndole: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (cf. Jn 19,26-27).*

MARÍA «NUESTRA MADRE»

Este breve resumen de la vida de Jesús merece ser meditado y explorado con mayor profundidad, pues los textos evangélicos son muy ricos y explican muchos aspectos de los misterios de Cristo. La colaboración de María con el Salvador a lo largo de su vida la convirtió en la **Madre espiritual de la humanidad**.

Jesús en la cruz revela y proclama esta maternidad, que Dios quiso en la predestinación de María y que se realiza en su participación en los misterios de la salvación. El texto de *Lumen Gentium* es muy explícito sobre la verdad por la que viven los cristianos: **María es nuestra Madre**.

La Santísima Virgen, cuya predestinación a la maternidad divina estuvo entrelazada, desde toda la eternidad, con la de la Encarnación del Verbo de Dios, estuvo en esta tierra, por disposición de la divina Providencia, la noble Madre del divino Redentor, la más generosa compañera del Señor y su humilde sierva.

Ella, que concibió a Cristo, lo dio a luz, lo alimentó, lo presentó al Padre en el templo, que sufrió con su Hijo moribundo en la cruz, cooperó de manera muy especial en la obra del Salvador mediante su obediencia, su fe, su esperanza y su ardiente caridad. Colaboró verdaderamente en la restauración de la vida sobrenatural en las almas. Por eso fue para nosotros una madre del orden de la gracia (LG, n.º 61).

MARÍA, DISCÍPULA DE SU HIJO

Gracias a su fe, amor y obediencia, la Madre de Jesús pudo vivir en íntima comunión con su Hijo y participar del sentido de su vida y misión. Además de ser Madre, María fue, a lo largo de su vida, **discípula de su Hijo**. Lo escuchaba, pues sabía que *solo Él poseía las palabras de vida eterna* (Jn 6,68). Recibió estas palabras con alegría y anhelo espiritual. Y cuando no las comprendía de inmediato, *las guardaba en su corazón* (Lc 2,19), comparándolas con los acontecimientos para discernir su conducta como madre y discípula.

Además, **el discípulo vincula su destino al del Maestro**. Esto es lo que la Madre de Jesús hizo con su Hijo. Estuvo completamente a su servicio, siguiendo su camino. *El «venid y seguidme»*, que Jesús diría más tarde, su Madre lo experimentó desde su nacimiento en Belén. A los doce años, Jesús reveló a sus desconsolados padres perspectivas hasta entonces desconocidas para ellos: su vida pública, su pasión, muerte y resurrección. Sin comprenderlas del todo, **siguieron a su hijo**. María y José depositaron en Jesús toda su fe, confianza y amor. Su **camino de fe y amor** abre el de toda la Iglesia. Esta es la enseñanza del Papa Juan Pablo II en su encíclica sobre *la Madre del Redentor*, pp. 12-24.

Experimentada como partícipe del destino del Maestro, la fe ya no es un conjunto de verdades que creer ni un código moral que observar, sino **una relación de amor y unión con Jesucristo**: creer de todo corazón en lo que enseña y en lo que el Evangelio nos relata, en lo que nos dice hoy a través de su Espíritu en su Iglesia; vivir lo que le agrada como nuestro único bien y rechazar con él lo que rechaza. Entonces, la discípula que es María, y cada miembro de la Iglesia con ella, puede ser un verdadero **testigo de Cristo** en un mundo que lo pone a prueba una y otra vez. Se declararán abiertamente a favor de Jesús, quien se ha convertido en su único Maestro.

MARÍA NOS GUÍA A VIVIR LA MISIÓN

María es una mujer laica en la Iglesia de Cristo. Su manera de vivir la misión, en íntima unión con su Hijo y Salvador, es, por lo tanto, la de todos los cristianos laicos.

La misión de María

Al contemplar a María, Madre de Jesús, podemos descubrir la verdadera misión de María y, por tanto, la de la Iglesia en su conjunto. Como Madre de Jesús, **María**, por acción del Espíritu Santo, **da a luz a Cristo**. La misión de la Iglesia es continuar esta labor maternal y, mediante la fe y la acción divina del Espíritu, *hacer que Cristo habite en nuestros corazones* (cf. Ef 3,17). Unida a todos los misterios del Salvador, María precede a la Iglesia y la enseña a entregarse por completo a su divino Esposo para dar a luz con él, como humilde servidora, al nuevo pueblo de Dios, el Cuerpo eclesial de Jesucristo.

La misión de la Iglesia con María

En su texto sobre el *Apostolado de los Laicos* (nº 4), el Concilio subraya la importancia de la *espiritualidad de los laicos en el orden del apostolado*. Al igual que María, están invitados a una **vida de íntima unión con Cristo en la Iglesia, una vida nutrida por el sustento espiritual común a todos los fieles, especialmente por la participación activa en la Sagrada Liturgia**. De este modo, pueden dar testimonio de *Cristo en las circunstancias ordinarias de la vida*. *Pero una vida así requiere un ejercicio constante de fe, esperanza y caridad*.

La Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, es el ejemplo perfecto de esta vida espiritual y apostólica. Si bien vivió una vida terrenal como la de todos, llena de responsabilidades familiares y labores, María permaneció íntimamente unida a su Hijo y cooperó en la obra del Salvador de una manera absolutamente única. ¿Acaso sorprende, entonces, que todos le tengan verdadera devoción y encomienden sus vidas y su apostolado a su solicitud maternal? ¿Y por qué no habrían de ver su apostolado como la expresión visible

de la constante solicitud de María por toda la Iglesia y por cada uno de sus miembros, por cada persona?

LA IGLESIA ASOCIADA A LOS MISTERIOS DEL SALVADOR

María ha estado históricamente asociada a la vida de Jesús y ha participado en todos sus misterios. Pero, como todos los contemporáneos de Cristo, experimentó una situación única: la presencia tangible de Jesús. Hoy, cuando *el Esposo nos ha sido arrebatado* (cf. Mc 2,20), vivimos en el tiempo de la Iglesia, el tiempo de la fe.

Celebrando los Misterios

Cada año, en la Iglesia, tenemos la gran gracia de **revivir**, mediante la celebración, **todos los misterios de Cristo** Salvador. La vida de Jesús es nuestra *desde la Encarnación y la Natividad hasta la Ascensión, hasta el día de Pentecostés y hasta la espera de la bienaventurada esperanza y la venida del Señor* (Concilio Vaticano II, Sagrada Liturgia, n.º 102). Lo que María experimentó en la historia y en su vida terrenal, estamos llamados a experimentarlo hoy celebrándolo en la Iglesia.

Las disposiciones que movieron a María al participar en los misterios de su Hijo serán, por tanto, las mejores para nosotros también, aquellas que nos acerquen al Salvador y nos abran a recibir todo aquello con lo que el Espíritu Santo desea llenarnos. Porque, mediante la celebración de los misterios de Cristo, *los fieles entran en contacto con ellos y se llenan de la gracia de la salvación*.

En menor medida, esta participación activa en los misterios de la alegría, el sufrimiento y la gloria del Señor se ve reforzada por el rezo del **Rosario** y la **meditación personal, a través del Evangelio**, sobre estos momentos significativos de la vida de Jesús.

La Iglesia como Mediadora en Cristo

María, al cooperar en los misterios de toda la vida del Salvador, abre una nueva perspectiva para la Iglesia. No se asoció con su Hijo únicamente por sí misma. Su presencia significó, en su propia persona, y llamó en el futuro, **la adhesión de toda la humanidad**, en particular la de la Iglesia, a la que representó ante Cristo.

Hoy, esta Iglesia, en unión con María, debe asumir la responsabilidad de su propia participación. Al contemplar a María, al estar firmemente unida a ella, **la Iglesia**, y en ella todos sus miembros, debe cumplir su **función mediadora** en el único Mediador, Cristo (Lumen Gentium, n.º 60). Esto significa que los cristianos no pueden celebrar la liturgia individualmente. Hablar de «mi misa», como a veces se oye, carece de sentido a la luz de María unida al Salvador.

María enseña a la Iglesia a decir siempre «nosotros», a convertirse en esa comunidad de creyentes que oran en plural, por aquellos que no pueden venir, que no pueden viajar, que aún no tienen una palabra clara para Dios, que creen haber roto con Él. Como verdadera Madre, la Iglesia, de la cual María es miembro e inspiración, no puede olvidar a ninguno de sus hijos, a ninguna persona salvada por Jesús. La Iglesia, con María y como ella, es **mediadora de la salvación** porque está unida a la vida entera del Salvador.

JESÚS Y MARÍA: LA DUALIDAD

María, según el plan del Amor Divino, se unió al Salvador y, con él y bajo su cuidado, aportó su humanidad a la salvación de la humanidad. **Eran dos:** el Dios-Hombre y la Mujer-María. Unidos por la misma voluntad salvadora de Dios en el amor de la caridad, cooperaron, cada uno según su propia naturaleza: Jesús como Persona divina, María como persona humana.

Así, en la consumación de la salvación de la humanidad, se realizó **el principio de dualidad** querido por el Creador desde el principio de la humanidad. La dualidad reside entre la unidad y la multiplicidad, es decir, la gran cantidad. Jesucristo es el único: el Hijo único de Dios por naturaleza, el único Mediador (1 Tim 2,5-6), el único Salvador. La Iglesia, sin embargo, está constituida por la multiplicidad misma de sus miembros. Estamos acostumbrados a encontrar y experimentar estos dos principios en nuestra fe: la unidad y la multiplicidad. Parece que no se puede decir lo mismo de la dualidad.

El Principio de la Dualidad

El principio de la dualidad es lo que nos permite **situar adecuadamente a María, la Mujer, dentro del misterio de Cristo**. Fue destacado por San Ireneo (135-202), el primer gran teólogo del cristianismo occidental.

Uno de los fundamentos de su pensamiento es que Dios desea salvar a toda la humanidad no reparando, mediante algún acto divino prestigioso, la creación original, sino reiniciándola desde el principio y según los principios mismos de la creación.

Ahora bien, desde el principio, en el primer relato de la creación, **la dualidad aparece como un hecho fundamental: hombre y mujer los creó** (Génesis 1:27). San Ireneo también ve esta dualidad realizada en la regeneración, en la misión de Cristo Salvador. La humanidad (hombre y mujer) es *creada a imagen y semejanza de Dios*. La redención busca restaurar esta imagen de Dios en la humanidad, una imagen que se manifiesta no solo en la singularidad de cada ser humano, sino también en la dualidad del hombre y la mujer.

San Pablo designa a Jesús como el último Adán, *el nuevo Adán* (1 Cor 15,45; cf. 15,15-22; Rom 5,12-21). En el texto de la Epístola a los Romanos, por ejemplo, el apóstol razona con el principio de unidad: *por un solo* pecado entró en el mundo, *por una sola* gracia se nos concede. Esta gracia es Cristo el Salvador.

Esto requirió la reflexión bíblica y teológica de San Ireneo, quien ilumina la obra redentora de Jesús a la luz del libro de los comienzos, el Génesis. Y bajo esta nueva luz, observa que *el pecado es obra de dos personas, una mujer y un hombre, Eva y Adán*. Con una filosofía que abraza la analogía, puede explicar el papel de María como una nueva Eva junto a Cristo, el nuevo Adán. Se hace posible una reflexión sobre la dualidad.

Una teología de la dualidad

El Concilio Vaticano II adoptó esta teología de la dualidad. *Junto con san Ireneo, muchos Padres de la Iglesia primitivos afirmaron en su predicación que «el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que la virgen Eva ató con su incredulidad, la fe de la virgen María lo desató»; y, en comparación con Eva, llamaron a María «Madre de los vivos», y con frecuencia afirmaron: «la muerte nos llegó por Eva, la vida por María» (LG, n.º 56).*

En la creación, la dualidad es un hecho ineludible. Todas las parejas humanas y el sacramento del matrimonio son el mejor testimonio de ello. Pero **en la redención, la dualidad no se impone como un absoluto, como una necesidad**. El Concilio es claro al respecto: *toda la acción de la Santísima Virgen sobre la humanidad en el orden de la salvación no surge de ninguna necesidad; Proviene de la buena voluntad de Dios y fluye de la superabundancia de los méritos de Cristo* (LG, n.º 60).

La mujer María, asociada al hombre Jesús, no se impone como una conclusión lógica del razonamiento teológico. Ella es un don de la gracia, un desbordamiento del amor de Dios. El principio de la dualidad en la salvación de la humanidad es, por lo tanto, un componente del amoroso plan del Padre. Demuestra que Dios permanece fiel a los principios de su amor creador. Él quiere salvar su obra en toda su riqueza, en todas sus dimensiones: unidad, multiplicidad, pero también dualidad.

JESÚS Y MARÍA

En términos prácticos, esta doctrina también explica por qué María y su misión junto a Jesús no se imponen como una necesidad para todos los cristianos. Algunos incluso podrían decir: «Jesús, sí, pero a María no la puedo integrar en mi fe». Estos cristianos aún tienen que descubrir la fecundidad del principio de la dualidad.

Por lo tanto, debemos *acoger a María* como lo hizo Juan, el discípulo, al pie de la cruz de Jesús. **María es un signo del amor y la fidelidad de Dios**, para quien la salvación de la humanidad es la continuación y la perfección de la creación. La salvación realizada por Jesús es la reanudación y culminación de la obra creadora de Dios.

Los cristianos que aman a María suelen usar la frase **«Jesús y María»**. Esta expresa claramente la dualidad y, por lo tanto, tiene gran valor. Sin embargo, no debe interpretarse como una igualdad entre el Salvador y su Madre. Jesús es Dios y se impone a todo creyente; María es humana, signo y don del amor de Dios. La complementariedad que une a Jesús y a su Madre es profunda y voluntad divina. La expresión «Jesús y María» expresa la **unión espiritual**, en la fe y el amor, de la mujer con el Dios-Hombre, de la humanidad —la Iglesia— con Cristo. *Este misterio es grande*, escribe san Pablo a los Efesios (5:32). En efecto, remite al matrimonio cristiano, a la dualidad humana santificada por Dios. Espiritual,

DUALIDAD Y MULTIPLICIDAD

Por lo tanto, para comprender y apreciar mejor la obra de Dios, debemos tener siempre presente esta triple realidad que la constituye. El principio fundamental de la creación es:

Jesús, el único; Jesús y María, unidos en una dualidad de amor y cooperación; Jesús, María y la humanidad, una multitud llamada a formar la Iglesia.

Hemos visto, en el desarrollo anterior, cómo Dios preparó a María para vivir esta dualidad con su Hijo, el Salvador. Desde la Encarnación en adelante, esta dualidad se vivió plenamente a través de la **alianza de amor** que une a la Madre con el Hijo y al Hijo con su Madre.

Esta dualidad, debidamente comprendida, otorga plena importancia al **papel de la mujer** en la creación y al de María, la Mujer, junto al Salvador. ¿Acaso la falta de integración de este principio fundamental en el pensamiento cristiano no es una de las razones de la dificultad para reconocer el lugar y el papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia? Si bien la unión de María con Jesús se expresa claramente en el Evangelio, su aceptación resulta difícil, al igual que en la Iglesia.

Por ser *hija de Adán*, María también **forma parte de la multitud de la humanidad**, de la humanidad redimida, de la Iglesia universal. Su vocación particular, expresada como Madre de Jesús y mujer asociada a su misión, si bien la acerca a la Santísima Trinidad, de ninguna manera la separa de la humanidad.

Las dos realidades, **dualidad y universalidad**, lejos de ser mutuamente excluyentes, se interpelan. Los dos esposos, unidos por el sacramento del matrimonio en una dualidad estable, no dejan por ello de pertenecer a una familia más amplia, a una ciudad, a una nación. Al ubicar a María como Dios la concibió, podemos acogerla en nuestra fe cristiana por lo que verdaderamente es: unida, como mujer única, al Redentor (dualidad) y miembro pleno de la Iglesia en su multiplicidad.

Por lo tanto, habiendo meditado extensamente sobre la presencia activa de *María en el misterio de Cristo*, debemos ahora comprender mejor su presencia, no menos activa, en el misterio de la Iglesia.

2.- LOS CAMINOS DE MARÍA Y LA IGLESIA

EL CAMINO DEL ESPÍRITU

María, desde Nazaret hasta el Calvario, vivió con y para Jesús. Dios quiso que participara activamente en el cumplimiento de la misión de su Hijo: dar origen a la Iglesia como humanidad salva y santificada. La muerte del Salvador, culminación y plenitud de su vida, abre así la aventura del Espíritu en el corazón de la Iglesia.

La misión de este Espíritu es continuar la de Cristo. Debe dar vida a la Iglesia de tal manera que una a todos los pueblos y, con ellos, alcance su plenitud como el glorioso Cuerpo de Cristo en la *vida eterna*. María, como Virgen y Madre, desde el Calvario hasta el fin de los tiempos, estará asociada, como miembro de la Iglesia, a la persona y la misión del Espíritu Santo.

Para comprender mejor la actividad del Espíritu que anima a la Iglesia a lo largo de la historia y para situar la misión de María dentro de ella, es útil considerar tres momentos históricos sucesivos.

1º.- El acontecimiento de Pentecostés. María, la Madre de Jesús, desempeña discretamente un papel en la preparación de la Iglesia para la *confirmación* de la Iglesia, nacida en el Calvario.

2º.- ¿Esta Iglesia primitiva cómo vive bajo el impulso completamente nuevo del Espíritu de Pentecostés? ¿Cuál es el lugar de Cristo y el papel del Espíritu Santo? ¿Qué lugar ocupa María cuando las Escrituras ya no la mencionan?

3º.- Esta joven Iglesia, que esperaba el inminente regreso de su Señor, pronto comprenderá que está **llamada a vivir** un largo tiempo, **un tiempo de esperanza**, con sus periodos de envejecimiento y renovación.

La Iglesia será, de ahora en adelante, la única realidad visible del plan de Dios en nuestro mundo. La acción del Espíritu y la presencia maternal de María se manifestarán allí en actos menos evidentes, sobre todo espirituales e interiores: los frutos del Espíritu, incluyendo la paciencia y la alegría (Gál 5,22).

EL CAMINO DE MARÍA-IGLESIA

HACIA PENTECOSTÉS

Nacida de la muerte de su Salvador, la Iglesia, como todo bautizado, necesitaba ser confirmada, fortalecida y consolidada en su nueva realidad como Iglesia de Cristo. «Vosotros,

-les dijo Jesús a sus seguidores antes de partir-, seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de unos días... Recibiréis un poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1,5, 8).

Jesús necesitaba tranquilizar a quienes habían elegido seguirlo y que se sentían tan solos horas antes de su partida. En sus últimas palabras, les dio una muestra de lo que sería la primera intervención del Espíritu Santo, confirmándolos en su fe. Serían revestidos de un poder interior que les permitiría ser testigos de su Maestro. Para que tal proceso dé su pleno fruto, se requiere una preparación acorde con el acontecimiento.

María prepara a la Iglesia para su «confirmación».

Tras la Ascensión del Señor, los primeros creyentes sintieron la necesidad de reunirse en el Cenáculo. Eran unos ciento veinte (1:14). El texto de los Hechos de los Apóstoles (1,14) los presenta en dos partes. Primero, se nombra a los once apóstoles, que pronto volverán a ser doce con la elección de San Matías (Hechos 1:15-26). Luego, San Lucas añade que todos ellos —los apóstoles y el resto de los creyentes— estaban **reunidos en oración**. En este segundo grupo, solo se menciona un nombre propio: el de María, la Madre de Jesús.

En efecto, su situación y su papel son distintos a los de los apóstoles. Pero todos juntos forman la misma Iglesia, la comunidad de discípulos de Cristo, que la *Madre de Jesús* simboliza y une. Todos están reunidos, *ya no por temor a los judíos* (Juan 20:19), sino con **serena expectativa del Espíritu prometido**.

UNA IGLESIA CON LA MIRADA AL FUTURO

Un gran anhelo anima a este pequeño grupo de fieles. Han podido ver de nuevo a Jesús resucitado. La confianza ha regresado. Ahora esperan el cumplimiento inminente de la promesa que el Señor les hizo antes de dejarlos.

La Madre de Jesús compartió con ellos su esperanza. Siempre había creído en el cumplimiento de las promesas de Dios. Santa Isabel, en la Visitación, ya pudo admirar esta fe en el futuro, esta esperanza invencible que permitió a su prima edificar su vida sobre las palabras del ángel Gabriel: «Para Dios nada es imposible» (Lc 1,37).

Este encuentro entre esperanza y deseo se convertiría en una actitud característica de la Iglesia, sobre todo porque los Evangelios ni siquiera utilizan la palabra «esperanza» en relación con Cristo. La Virgen del Adviento, de la espera del Mesías, inició a la Iglesia desde sus comienzos no solo en desear el Espíritu Santo prometido para pronto, sino también en esperar, por medio de ese mismo Espíritu, la venida del Señor Jesús en gloria, un acontecimiento prometido pero cuya fecha permanecía incierta.

Esta **expectativa escatológica**, verdadero objeto del ardiente anhelo de la Iglesia, fue claramente despertada en los corazones de los apóstoles por los dos ángeles de la Ascensión: «Este Jesús, que fue llevado de entre vosotros al cielo, vendrá del mismo modo en que lo visteis ir al cielo» (Hechos 1:11). Esta esperanza será acogida y orada con la Madre de Jesús desde el Cenáculo en adelante, y vivida como un deseo fundamental de la Iglesia en la tierra. Constantemente, en el corazón de la Iglesia, el Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! ¡Ven, Señor Jesús! (Apocalipsis 22:17, 20).

LA IGLESIA EN ORACIÓN CON MARÍA

La esperanza, que se convierte en deseo, da origen naturalmente a la oración. **María, maestra de oración**, está allí, en el corazón de esta joven Iglesia. Aún inactiva en relación con el Evangelio que debe transmitirse, incapaz de imaginar el futuro, toda la comunidad se reúne y ora con perseverancia. En torno a María, en oración, se prepara para evangelizar un mundo que todavía parece bastante hostil.

Aprender a orar

Para los compañeros de Jesús, **la Ascensión fue un cambio radical**. Durante tres años, habían vivido con el Señor. Podían hablar con él. Tenían respuestas que eran esclarecedoras, amables y divinas a la vez. Para ellos, la oración era un diálogo con su Maestro. Ahora ya no lo es. Estos judíos devotos ahora **deben aprender la oración cristiana**, la oración dirigida a Cristo que estructura y une a su Iglesia. Para los discípulos, comienza el tiempo de la fe, un tiempo que aún nos pertenece, el tiempo de creer sin ver (Jn 20,29).

Afortunadamente, tienen a *María, la Madre de Jesús*, entre ellos. Ella está allí para iniciarlos en esta situación incómoda. Durante los tres años del ministerio público de Jesús, experimentó el valor de una relación espiritual con él. De nuevo, después de la Ascensión, es un tiempo de fe para ella. Pero ahora tiene la misión de compartir su oración con su pueblo.

Orando con María, hoy

A lo largo de los siglos, el papel de María ha sido preparar a la Iglesia para recibir el Espíritu y vivir la gracia de la oración. De ahora en adelante, para todos los cristianos, la relación con el Señor es de fe, esperanza y amor. María, siempre maestra de la oración, enseña a todos los creyentes a **volverse a Dios**, a adorarlo, que es el acto fundamental de la oración. Los invita a unirse a su propia oración, que es adoración, alabanza y admiración por el plan del Señor. ¿Acaso su Magnificat no se ha convertido en la oración de toda la Iglesia?

El Espíritu Santo, a través de diversos movimientos y grupos de oración, revela a la Iglesia de hoy el lugar y el papel de María. En un mundo tecnológico que persigue constantemente el tiempo, la Madre de Jesús aún tiene la misión de reunir a los cristianos y ayudarlos a experimentar la alegría de la oración, de ofrecer tiempo al Señor. Este carisma de la oración es percibido por muchos creyentes como un presagio de **un nuevo Pentecostés para la Iglesia**, una nueva efusión del Espíritu Santo que, a través de concilios y sínodos, prepara a la Iglesia para el tercer milenio.

Orar con perseverancia

San Lucas especifica las cualidades de la oración de la Iglesia en el Cenáculo: «Todos perseveraban en la oración y oraban unánimes» (Hechos 1:14).

El verbo que usa San Lucas para caracterizar la asidua oración en el Cenáculo significa «aferrarse» a algo, es decir, tener gran disposición para hacerlo. Este mismo verbo se usa en Hechos 2:42; 6:4; Romanos 12:12; Efesios 6:18; Colosenses 4:2; Hebreos 11:27. En Marcos 3:9, Hechos 8:13 y Marcos 10:7, este verbo también significa «estar a disposición de alguien».

Como se puede observar, este verbo se usa, aparte de Marcos 3:9, solo en los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas. Por lo tanto, caracteriza una **actitud típica de la Iglesia después de la Ascensión** del Señor. Esto significa que, desde el Cenáculo en adelante, los primeros discípulos, reunidos en torno a María e inspirados por el Espíritu Santo, **crearon la oración cristiana propia** de la época de la Iglesia.

Por lo tanto, para la Iglesia, la oración significa ante todo aferrarse a un camino espiritual que a menudo parece difícil e ineficaz. La perseverancia en la oración refleja **una actitud de fe y esperanza** dentro de la Iglesia. Esta oración asidua de los cristianos también expresa su disponibilidad y su entrega al Señor. De antemano, **se ponen a disposición del Espíritu Santo** para la misión de evangelización que pronto les será encomendada.

Orar en la Iglesia a la manera de María es vivir abiertos al Espíritu, día tras día. La oración hace que todo creyente sea dócil a las inspiraciones del Espíritu y **abierto al futuro**. ¡Con qué sencillez enseñó María la oración misionera a la Iglesia primitiva desde sus inicios!

Orar con un solo corazón

La oración del Cenáculo también fue unánime, afirma san Lucas. **Orar juntos une a los creyentes**, que es la misión misma del Espíritu de Pentecostés: hacer de la Iglesia una *comunidad de santos*. Pentecostés, de hecho, es lo opuesto a lo que ocurrió durante la construcción de la Torre de Babel, donde el orgullo, y no la adoración, fue el proyecto común de los pueblos y la causa de su dispersión (Génesis 11:1-9).

Otra observación: el adverbio «*unánimemente*» es un término específico de San Lucas en los Hechos de los Apóstoles (2:46; 4:24; 5:15; 15:25). La única excepción se encuentra en Romanos 15:6. La Iglesia, ahora una comunidad de creyentes, continuó aprendiendo a orar junta. Esta nueva forma de oración busca expresar la conciencia de los primeros discípulos de que **la Iglesia es una comunidad reunida en torno a Jesús**, quien está en medio de ella, como prometió (Mateo 18:20). Así, también experimentan una de las últimas palabras del Señor: «*Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo*» (Mt 28:20). Mediante la oración común, también se orientan **hacia la Parusía del Señor**, su gloriosa venida. En cada celebración eucarística, la Iglesia experimenta intensamente estas mismas verdades y se convierte más íntimamente en la Iglesia de Jesucristo. En el Cenáculo, se dan los primeros atisbos de la oración litúrgica cristiana, la que visiblemente propicia *la comunión de los santos* al congregar a los creyentes.

Gracias a la oración unánime, María también inicia, discretamente, una de sus principales tareas maternas. Invita a los creyentes a **unirse en Jesús**, su Hijo. ¿Acaso no murió *para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos* (Jn 11,52)? Jesús oró para que todos fueran uno (Jn 17). La Madre invita a sus seguidores a orar para edificar, de hecho, la unidad de la Iglesia de Cristo. Hoy, el Concilio denomina a este enfoque *ecumenismo espiritual*. En efecto, *si el Espíritu Santo es el principio de la unidad de la Iglesia* (Concilio Vaticano II, Decreto sobre el Ecumenismo, n.º 2), María, Madre de la Iglesia, es su Sierva. Tarde o temprano, al reconocerla como Madre, la Iglesia redescubrirá su unidad.

Pero vemos, ¡ay!, que incluso *hoy existen serias discrepancias entre los cristianos respecto al papel de la Madre de Jesús como congregadora de los creyentes*. El Papa Pablo VI, al observar esto, se apresura a añadir: «Deseamos expresar nuestra firme esperanza de que

la devoción a la humilde Sierva del Señor, en quien el Todopoderoso ha obrado grandes cosas (cf. Lc 1,49), se convierta, aunque lentamente, no en un obstáculo, sino en un intermediario y un punto de encuentro para la unión de todos los que creen en Cristo. Como en la antigua Caná, también en nuestro tiempo, por su intercesión, ella puede apresurar la hora en que los discípulos de Cristo redescubran la perfecta comunión en la fe... En efecto, a quienes pertenecen a Cristo, María no los engendró ni podría engendrarlos sino en una sola fe y un solo amor» (Pablo VI, *Marialis cultus*, n.º 33).

La oración unánime de la Iglesia en el Cenáculo contribuyó a unir a aquella comunidad cristiana de Jerusalén que san Lucas presenta como ideal de la Iglesia primitiva (Hch 2,42-47; 4,32-37). Los mismos frutos de la unidad siguen presentes hoy en cada oración que se eleva en comunidad, ya sea en el seno de una familia o en cualquier comunidad cristiana. Mediante el encuentro en la oración, María puede cumplir, a la sombra del Espíritu, su papel de Madre, dando a luz a **la Iglesia en su unidad**.

La Iglesia en Pentecostés

Así preparada mediante la oración con María, toda la Iglesia de Jerusalén estaba lista. El día de Pentecostés, se reunieron (Hechos 2:1). **El Espíritu Santo** descendió sobre todos los creyentes y **los confirmó en su fe** como discípulos de Cristo. Todos se convirtieron, cada uno a su manera, en testigos del Señor Resucitado.

TODA LA IGLESIA RECIBE EL ESPÍRITU

Me siento obligado a enfatizar este punto, porque ciertas formulaciones minimizan la realidad de este gran acontecimiento eclesial. En efecto, leemos u oímos que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, posiblemente reunidos con María (Lucas sitúa claramente con detalle, a la primera comunidad cristiana: *Todos ellos* (los 11 apóstoles) *perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María la madre de Jesús y con sus hermanos* -Hch 1,14- Y el versículo siguiente dice: *había reunidas unas ciento veinte personas*, Hch 1,15). Muchas pinturas y grabados representan al Espíritu Santo descendiendo solo sobre los doce apóstoles. Debemos evitar esta simplificación del misterio de Pentecostés y, en cambio, entenderlo, según el texto de los Hechos de los Apóstoles, como **una confirmación de toda la Iglesia** presente en el Cenáculo. Además, en los Hechos de los Apóstoles (4:23-31, 8:14-17; 10:44-45) se mencionan otras venidas del Espíritu Santo sobre grupos de bautizados. El Espíritu Santo siempre viene a confirmar a la Iglesia de creyentes en Jesucristo.

Desde Pentecostés en adelante, solo la Iglesia como comunidad será visible para la humanidad. Esta será su grandeza y su riesgo. El Espíritu Santo, sin embargo, permanece invisible, mientras María vive plenamente dentro de la comunidad a la que pertenece. No obstante, la **Iglesia visible** nunca será verdaderamente ella misma sino en la medida en que viva y exprese su realidad espiritual en el seno de la historia humana (LG, n.º 8). En términos concretos, está llamada a expresar el Evangelio y la acción sacramental de **Jesucristo**, su Señor, a permanecer unida a la misión santificadora y unificadora del **Espíritu Santo**, a contemplar e imitar la acción virginal y maternal de **María**, Madre y arquetipo de la Iglesia vista como comunidad de creyentes en Cristo.

MARÍA PREPARA TODOS LOS PENTECOSTÉS

La misión de María, preparar a la Iglesia para recibir al Espíritu Santo, no termina con el primer Pentecostés. Lo que hizo por la Iglesia en sus inicios, se le confía para continuarla por esa misma Iglesia a lo largo de su historia. *Pues, asunta al cielo, no renunció a su misión de intercesión y salvación* (Pablo VI, *Marialis cultus*, n.º 18). Pentecostés, diez días después de la Ascensión del Señor, no es un acontecimiento sin repercusiones. Se renueva en ciertos momentos importantes de la historia de la Iglesia. Puede ser una gracia concedida a pequeños grupos o incluso al corazón de un solo creyente.

No siempre es fácil discernir la presencia activa de la Madre de Jesús en estos diversos **momentos de renovación**. Pero humildemente, a la sombra del Espíritu Santo, María continúa su misión de preparar los corazones para recibir cada nuevo don de Dios, especialmente ese don privilegiado del Padre y del Hijo: el Espíritu de amor y santidad.

Todo cristiano revive Pentecostés al celebrar **la Confirmación** en la Iglesia. La preparación para este sacramento bien podría inspirarse en la que la Iglesia emprendió en el Cenáculo con María. Esto pondría de relieve el vínculo entre el primer Pentecostés y este sacramento, entre la Iglesia primitiva y la Iglesia actual. Esta continuidad a lo largo del tiempo refuerza el sentido de la continuidad de la Iglesia y deja claro que, entonces como ahora, la Madre de Jesús nos prepara, en la oración, para recibir el Espíritu Santo.

LA IGLESIA EN EL FERVOR DEL ESPÍRITU SANTO

En la mañana de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre la Iglesia en forma de *lenguas de fuego* (Hechos 2:1-13). Este Espíritu, aún misterioso, capacitó de inmediato a este grupo de creyentes para manifestar externamente el mensaje pascual. La Iglesia, fundada por Jesucristo, recibe ahora la confirmación del Espíritu Santo para cumplir su misión evangelizadora.

La Iglesia, una comunidad de creyentes

En esta Iglesia nacida de Pentecostés, es fácil distinguir **tres componentes**. Uno es visible: este grupo de creyentes en Jerusalén. Los otros dos son invisibles, pero muy reales: Jesucristo y el Espíritu Santo, dos Personas divinas. Estas tres realidades juntas constituyen la Iglesia, y cada una desempeña su papel específico dentro de ella.

El grupo de creyentes, al que pertenece María, comienza, bajo la guía del Espíritu Santo, a evangelizar al pueblo judío, a crecer rápidamente y a vivir una vida propia. **Jesucristo** sigue siendo el «fundador de esta Iglesia, su fundamento, su origen, a quien se refiere; él da sustancia a este Cuerpo eclesial del cual es la Cabeza» (Colosenses 1:18-20). La Iglesia, de hecho, pertenece a Cristo. En cuanto al **Espíritu Santo**, que fue dado a Cristo sin medida (Juan 3:34), ahora mora en la Iglesia, animándola e impulsándola desde dentro a afirmarse y proclamar el Evangelio. En resumen, él es el alma de la Iglesia de Cristo.

Esta joven Iglesia se esfuerza por ser fiel a Jesús. Sin él, no es nada. No hay separación entre Cristo y la Iglesia. El Espíritu Santo mismo es el vínculo que la une al Señor resucitado. La afirmación: «Cristo, sí; la Iglesia, no», carece de sentido a la luz de Pentecostés. Saulo, camino a Damasco, aprenderá que persiguiendo a la Iglesia, persigue a Jesús (Hechos 9:5). ¿Es posible separar el cuerpo de la cabeza sin destruir todo el ser?

En dos ocasiones, San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, presenta con fervor **la Iglesia de Pentecostés** (2:42-47 y 4:32-35). Su esencia se resume en esta sobria descripción que abre la primera de estas dos presentaciones: «Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hechos 2:42). Los demás detalles que ofrece San Lucas refuerzan estas tres características esenciales.

DEDICADOS A LA ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES

La Iglesia de Cristo se reconoce como *apostólica* y desea serlo. Porque Jesús la edificó sobre **un fundamento sólido: los doce apóstoles**. La predicación que la Iglesia continúa, siguiendo y bajo el mandato de su Señor, se expresará de ahora en adelante a través de la *enseñanza de los apóstoles*. Desde la misma mañana de Pentecostés, el Espíritu Santo manifestó su ayuda a la recién formada Iglesia, infundiendo valor a Pedro y a sus hermanos. Como *Espíritu de verdad*, les va enseñar a los apóstoles *todas las cosas y les recordará todo lo que Jesús les había dicho* (Jn 14,17, 26; cf. Jn 2,22; 12,16; 15,26).

También debemos mencionar a aquellos a quienes el Espíritu suscitó para que nos dejaran por escrito la predicación de Cristo y la enseñanza de los apóstoles. Sus textos son, para siempre, la **Palabra de Dios para el mundo**. La función del Espíritu fue inspirar a los escritores, guiarlos interiormente para que no se apartaran de la verdad revelada.

El testimonio de María

María ofrece a algunos de los evangelistas su testimonio, esclareciendo ciertos misterios que solo ella podía conocer, como la Anunciación, la Visitación y el nacimiento del Niño. Ella meditaba sobre los acontecimientos de su vida, comparándolos con la Palabra de Dios (Lc 2,19, 51). Por eso la Tradición ha llamado a la Madre de Jesús, Maestra de la Verdad. Tenía su propia manera de enriquecer a la Iglesia: con palabras sencillas dichas en la conversaciones de amigos, el testimonio que brilló a través de su santa vida, el aliento que ofreció a los apóstoles y a las comunidades donde vivió.

También se preocupó por ayudar a la comunidad naciente a superar las falsas imágenes del Mesías que triunfó mediante el poder y los milagros. A su manera, María, como Madre de la Iglesia, participó en el **nacimiento de la comunidad** de discípulos y la ayudó a convertirse en el Cuerpo Eclesial de Jesús. Esta fue su forma de cooperar con el Espíritu de la verdad y de extender la enseñanza de los apóstoles.

El testimonio de los cristianos

La constante referencia de los miembros de la Iglesia a Cristo los llevó muy pronto a ser llamados *cristianos*, el nombre dado a los discípulos en Antioquía (Hechos 11:26). El Espíritu los había confirmado en esta fe, que vivieron con alegría e irradiaron a quienes los rodeaban,

atrayendo a *una gran multitud* al Señor (Hechos 11:23-24). En la Madre de Jesús, tenían el modelo de la discípula perfecta de Cristo, la primera mujer cristiana.

Jesús, al prometer el Espíritu Santo a sus seguidores, añadió: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1:8). Algunos en la Iglesia, llenos del Espíritu Santo (Hechos 4:8; 4:31; 6:3, 5; 11:24; 13:9, 52), se convirtieron muy pronto en testigos privilegiados de Cristo: **mártires**, como Esteban el diácono (Hechos 6:8–7:60), o **conversos notables** como Saulo de Tarso. Testigo incansable de Cristo, Saulo, quien se convirtió en Pablo, fue sostenido en todas sus actividades y aflicciones por una vida interior de unión e identificación con su Señor, hasta el punto de poder afirmar a los Gálatas: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (2:20). ¡Qué parecido a la experiencia espiritual de la Madre de Cristo había hecho el Espíritu Santo, discreta **testigo de la santidad cristiana!**

Una Iglesia sin fronteras

El Espíritu Santo, para hacer católica la Iglesia de Cristo, es decir, universal, un día tuvo que derribar **las fronteras del judaísmo**. Porque Jesús había venido a reunir en su Cuerpo Iglesia a todas las personas. Iluminado por una visión y movido por el Espíritu Santo, Pedro bautizó al gentil Cornelio y a su familia. Los *Hechos de los Apóstoles*, capítulo 10, lo narran con detalle. Fue un acontecimiento extraordinario para la Iglesia cuando *el Espíritu descendió sobre todos los que habían escuchado la Palabra. Hubo asombro entre los creyentes circuncidados que habían acompañado a Pedro: ¡así, incluso a los gentiles, se derramó el don del Espíritu Santo!* (vv. 44-45). Y hoy, ¿qué límites puede imponer la Iglesia Católica?

Poco tiempo después de esta primera apertura a los gentiles, el Espíritu Santo mismo envió **en una misión** a Bernabé y Saulo. Para ellos también se repitió la experiencia de Pedro. Los dos enviados comenzaron dirigiéndose a los judíos para anunciar a Jesús como el Mesías. Ante la obstinación de sus compatriotas judíos, se volvieron **a los gentiles**, aquellos rechazados por el judaísmo que encontraron su lugar en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

La alegría de María debió ser inmensa al anunciarse esta expansión de la Iglesia. Acogió a estos nuevos hijos en su corazón y en sus oraciones. Desde entonces, pudo ejercer con mayor verdad la maternidad universal que Jesús había revelado en el Calvario al proclamar a María Madre de todos los hombres, sin distinción de raza ni fronteras.

UNA IGLESIA ASIDUA A LA COMUNIÓN FRATERNA

La oración fraterna del Cenáculo abrió la Iglesia nacida de Pentecostés a iniciativas comunitarias que se extendieron al compartir los bienes.

La Iglesia del Compartir

Este compartir de bienes entre los hermanos (Hechos 4:32-37) no fue, sin embargo, la única forma de compartir. La Comunidad continúa la oración común iniciada con María en el Cenáculo (Hechos 4:23-31). Otro compartir es el de las **gracias y carismas** espirituales, con los que el Espíritu concede a los hermanos y hermanas para la edificación de la Iglesia de Cristo (1 Corintios 12:1-11). ¡Pero nada de celos! El apóstol Pablo nos recuerda que *el amor*

es lo más grande de todos los dones (1 Cor 13) y la caridad se dan a todos para que juntos formen *el cuerpo de Cristo* (1 Cor 12,27).

El nacimiento y crecimiento de este Cuerpo eclesial de Jesús concierne especialmente a María. Siente que ahora puede compartir su papel de Madre de toda la humanidad con esta joven Iglesia, cuya vocación se profundiza por la acción del Espíritu Santo. Como la propia María, **la Iglesia es madre**. Comienza a experimentar que no es *la Jerusalén actual*, el judaísmo, sino *la Jerusalén celestial*, libre y Madre. Esta es la enseñanza que san Pablo, apóstol de los gentiles, desarrolla en Gálatas (4,26). Para ello, recurre a un texto de Isaías que ya presenta a Sión como madre con muchos hijos (Is 54,1).

La Iglesia, Familia de Dios

Muy pronto, la Iglesia, animada por el Espíritu de amor, se reconoció como **la Iglesia de la caridad**. En solidaridad con el mundo entero, el Concilio Vaticano II la denomina hoy sacramento de la unidad. A través de ella, el Espíritu Santo se esfuerza por realizar verdaderamente la unidad de la humanidad en Jesús, el Salvador de todos. Para la Iglesia, **la familia humana** no es una palabra vacía, sino una primera realización de la Familia de Dios, como la describe san Pablo en su carta a los Efesios (2,19). En efecto, ahora tiene a Dios como Padre, a María como Madre y a Jesús como Hermano de todos.

El Espíritu Santo, que es su alma, la une y la sostiene en la unidad, a imagen de la Santísima Trinidad (Jn 17). Dentro de la Iglesia, María coopera en esta desafiante misión del Espíritu. Su corazón maternal es tan vasto como el mundo. Todos encuentran un lugar en ella y son acogidos como hermanos y hermanas de su Hijo (LG, n.º 62).

UNA IGLESIA ASIDUA A LA FRACCIÓN DEL PAN Y A LAS ORACIONES

La oración eclesial iniciada en el Cenáculo continúa en las comunidades cristianas. Porque la Iglesia, preocupada por la humanidad y su salvación, debe al mismo tiempo permanecer **orientada hacia Dios en nombre de toda la humanidad**. Tiene una misión de oración y celebración sacramental que cumplir. De esta manera, participa en la función mediadora de Cristo, el único Mediador entre Dios y la humanidad (1 Tim 2,5-6; LG, n.º 60).

La Iglesia celebra la Eucaristía.

La *fracción del pan* simboliza específicamente la Eucaristía, celebrada desde el principio en memoria del Señor y por su mandato (1 Cor 11,24). Esta **reunión dominical** alimenta la caridad en el corazón de los creyentes, a la vez que mantiene viva la esperanza de la venida de Cristo en gloria. *Porque cada vez que comáis de este pan y bebáis de esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga* (1 Cor 11,26). En este sacramento, Jesús permanece misteriosamente presente en su Iglesia, para reunirla a su alrededor, enseñarle, ofrecerla a su Padre y nutirla con su propio cuerpo durante su peregrinación terrenal.

Pablo VI explicó extensamente cómo María es, en la Iglesia, la Virgen ofrecida, la Virgen que ofrece a su Hijo y a sí misma con él. Desde la Presentación de Jesús hasta el Calvario, María ofrece a su Hijo al Padre. Ella precede, una vez más, a la Iglesia que, unida a la Madre de Jesús, extiende esta misma ofrenda maternal y la hace presente diariamente en la celebración eucarística (Pablo VI, *Marialis cultus*, n.º 20).

Desde su Ascensión, Jesús permanece misteriosa pero eficazmente presente en su Iglesia. No puede abandonarla. Y el Espíritu Santo no viene a sustituirlo, sino a añadir su propia acción a la del Señor Jesús.

Esta palpable ausencia de Cristo ha abierto, desde el principio en el Cenáculo, la Iglesia **a la oración cristiana, que congrega a la comunidad** y la lleva a esperar la venida de su Señor en gloria. En efecto, desde el principio, la Iglesia ha estado convencida de que, para ella, *los últimos días ya han llegado* (1 Cor 10,11; LG. n.º 48). Su oración expresa su esperanza, que se resume en *un solo objetivo: que venga el Reino de Dios y que toda la humanidad se salve. Además, todo el bien que el pueblo de Dios, durante su peregrinación terrenal, puede aportar a la humanidad emana de esta realidad: que la Iglesia es el sacramento universal de salvación, que manifiesta y actualiza el misterio del amor de Dios por la humanidad* (Concilio Vaticano II, Gaudium et spes, n.º 45).

Tal es la Iglesia que surgió de Pentecostés, la Iglesia de los primeros creyentes. Durante todos los siglos del cristianismo, sigue siendo un ideal digno de contemplación e imitación. En ella, el Espíritu Santo pudo actuar con poder y dar *seguridad* a todos los creyentes. En tiempos en que la Iglesia duda de su fidelidad al Señor, se beneficia enormemente al recordar el fervor y el valor misionero de la llamada Iglesia primitiva.

CAMINO DEL ESPÍRITU CAMINOS DE ESPERANZA
--

Durante las primeras décadas del cristianismo, los cristianos esperaban el inminente regreso del glorioso Señor. Pero ante la realidad, fue necesario **cambiar de óptica** y aceptar entrar en una historia que se extendería a lo largo de varios siglos. Estamos concluyendo el vigésimo milenio, y la historia continúa, conduciéndonos hacia el tercer milenio.

Este momento en la historia de la Iglesia puede dar la ilusión de que la historia terrenal es indefinida, incluso eterna. Aceptar tal visión, a menudo inconscientemente, destruye la esperanza. Pero la Iglesia no puede permanecer aquí abajo. Está de paso por esta tierra, en una peregrinación misionera hacia la Jerusalén celestial. Ya experimenta su dimensión divina y sabe que **la historia tendrá un fin**, una culminación en la plenitud eterna de Dios.

Situémonos, pues, ahora en el tiempo de la Iglesia. Para permanecer fiel a su misión y mantener el rumbo hacia la plena venida del Reino, necesita al Espíritu Santo, que fortalece su lealtad, la sostiene en su camino histórico y la inspira en sus decisiones. ¿Cómo podemos comprender hoy la acción multiforme del Espíritu Santo, la presencia activa de María, en el centro de la misión de la Iglesia en su camino a través de las realidades terrenales?

El Espíritu transforma para bien.

San Pablo, al final de una serie de consejos para la vida cristiana, lo resume todo en esta fórmula: «No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien» (Romanos 12:21). No solo la Iglesia, sino toda persona a lo largo de la historia, **se enfrenta frecuentemente al mal**, ya sea físico (enfermedad) o moral (pecado). Esta presencia activa del mal, y también del Mal mismo, sigue siendo un gran misterio. Para muchos, es un verdadero escándalo: ¡que el Dios infinitamente bueno y todopoderoso no haga nada ante una situación tan repugnante!

Los cristianos no pueden eludir la realidad del mal. Ante un mundo que sufre, que se cuestiona, que a veces desespera, la Iglesia debe examinar estas situaciones malvadas y contradictorias. Sin embargo, **la revelación cristiana** ofrece algunas respuestas a estas preguntas. Sabemos que el Espíritu Santo obra en este mundo con mucha más eficacia que el espíritu del mal.

EL BIEN Y EL MAL

Toda persona comprometida con **la lucha por el bien** debe tener una sólida filosofía del bien y del mal. En primer lugar, hay que deshacerse del marco maniqueo que concibe el bien y el mal como dos fuerzas opuestas de igual valor y poder. En este caso, la batalla entre ambos es inútil, desesperanzadora, y la victoria puede cambiar de bando en cualquier momento. La lucha se vuelve inútil, porque está perdida desde el principio. La esperanza, en este caso, no es más que una utopía.

Lo que dice la Biblia

La Biblia ofrece a los creyentes una **perspectiva más optimista**, sin eliminar, sin embargo, la lucha constante. Nos dice: Dios es bondad infinita. El malvado, que perpetúa el mal, es, por otro lado, simplemente una criatura caída. De ninguna manera puede ser infinito. Lucha precisamente porque sabe que está limitado en el tiempo. Por lo tanto, lo que siempre ha existido y existirá eternamente es **el bien que es Dios**. El mal pertenece al orden de la creación, ya sea Satanás, un ángel caído o la humanidad pecadora.

El pecado, en efecto, la maldad moral de la humanidad, tiene consecuencias cósmicas. Causa fracturas en toda la creación, simbolizadas por las espinas y los cardos de la Biblia (Génesis 3:18). La Biblia también nos enseña que **la muerte** es un fruto inevitable del pecado original. Por lo tanto, ahora forma parte de la vida humana en la tierra.

Jesús, nuestro Salvador

Cristo, al convertir su muerte injusta en un acto de amor infinito, **venció al mal**. Así, eliminó la muerte eterna para quienes lo reciben como su **Salvador**, pero no la muerte que pone fin a nuestra historia y nos lleva al nacimiento en la eternidad de Dios.

Cristo, por su sacrificio de amor, se convirtió en la *fente de salvación eterna para todos los que le obedecen* (Hebreos 5:9). Esto significa que, siguiendo su ejemplo, la paciencia, la esperanza y el amor de los creyentes en Jesús, el Salvador, siempre prevalecerán. Él nos repite hoy, como lo hizo con sus discípulos antes de su Pasión: «¡Ánimo! ¡Yo he vencido al mundo!» (Juan 16:33). Y el apóstol Juan da testimonio a los cristianos que sufren

persecución: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Juan 5:4-5).

Además, siguiendo a Cristo, los propios cristianos pueden ser llamados a anteponer su fe a sus vidas. Esto es el martirio, valorado por la Iglesia como un favor de altísimo precio y la señal de la caridad suprema (LG n.º 42). El ejemplo del Salvador Jesús guía entonces a los miembros de su Iglesia por un camino de trascendencia, libertad y amor de excepcional rigor. En última instancia, la presencia del mal en nuestro mundo y en nuestros corazones no es un problema que podamos resolver algún día. Es un misterio iluminado por la luz de Jesús, muerto y resucitado, en la luz de la Pascua.

LUCHANDO POR EL BIEN

Todo verdadero discípulo de Cristo está necesariamente en el centro de esta lucha contra el mal, porque es por el bien. La fe cristiana nos invita al optimismo porque, **en última instancia, se alcanza la victoria**. El cristiano, unido a Cristo en la Iglesia, puede perder batallas que son sus pecados, pero no puede perder la guerra: el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios que es amor, siempre tendrá la última palabra.

¡Pero nada de triunfalismo! Si está escrito que la Mujer aplastará la cabeza de la serpiente infernal, también es cierto que la serpiente intentará morderle el talón, y esto puede doler, puede hacer caer a algunos (cf. Gn 3,15).

Todo cristiano que quiere estar abierto al Espíritu, pero que también sabe que a veces se siente atraído por el mal, se enfrenta necesariamente a **una lucha interior**. Repite con san Pablo: «Efectivamente no entiendo lo que hago; lo que quiero hacer, no lo hago, y lo que aborrezco, eso hago». Pero con el apóstol a quien el Espíritu infunde, también se nos invita a decir: «¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!» (Romanos 7:15, 25). En efecto, es Él, Cristo, quien vence todo mal.

LUCHANDO POR LA FE

No solo la vida personal de los cristianos, sino también la misión de la Iglesia implica su parte de lucha contra las fuerzas de la destrucción y la muerte. Trabajar al servicio de la fe significa, especialmente en ciertos tiempos, luchar contra toda herejía, toda desviación doctrinal, y esto en alianza con María, quien constantemente venció al mundo y al infierno. Por eso, todas las herejías, nos dice la Iglesia, inclinaron la cabeza ante la Santísima Virgen, y poco a poco ella las silenció hasta la nada, señala con optimismo el padre Chaminade.

La misión de María en apoyo de la fe cristiana, misión que comparte con la Iglesia, presupone el rechazo de todo mal que ataca y extravía a la humanidad. En cambio, en su santa persona, **la Virgen es la gran vencedora de todas las herejías**, pues es la Santa Mujer en quien Dios no permitió ninguna desviación, ningún pecado. Permanecer cerca de la Madre de Dios, contemplarla e imitarla, es permanecer firmes en la fe, una fe amorosa en Jesucristo.

El valor de regresar continuamente al camino del bien es, por lo tanto, una **victoria de la esperanza cristiana**. Creer que el Bien triunfará sobre el mal, incluso viviendo en la oscuridad interior o durante períodos de persecución, surge de la entrega al Espíritu Santo y de la confianza total en María, invocada como la «Guardiana de la Fe».

AL SERVICIO DE MARÍA INMACULADA

En nuestro mundo, lamentablemente aún sujeto al mal y al pecado, estamos invitados a contemplar a María Inmaculada y Santísima. **En su misma concepción, María vence a Satanás.** Esta victoria, aunque aún velada, está inscrita en las Escrituras desde el momento en que se cometió el primer pecado: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre su descendencia y la tuya; ella te aplastará la cabeza, y tú buscarás herirla en el talón» (Génesis 3:15). El padre Chaminade solía, en tiempos de lucha y dificultad, recordar este pasaje del Génesis. Como resultado, su confianza en la victoria de María sobre el diablo, sobre la serpiente antigua (Apocalipsis 12:9), se fortaleció, y su perspectiva ante las dificultades se volvió positiva.

Porque en **María Inmaculada**, el mal nunca existió. El Espíritu de Dios la preservó de él. Así, ella es para nosotros **el signo de una victoria definitiva** sobre el mal y el Maligno. El autor del Apocalipsis invita a la Iglesia a contemplar a *la Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y coronada con doce estrellas* (Apocalipsis 12:1). Esta es la victoria de María. En cuanto a *la descendencia de la Mujer, aquellos que observan los mandamientos de Dios y guardan el testimonio de Jesús*, tendrán que luchar (Apocalipsis 12:17), pero con la esperanza de una victoria ya obtenida por la sangre del Cordero y por la palabra de la cual han dado testimonio (v. 11).

Una Iglesia Renovada por el Espíritu

Muchos historiadores y otras personas reflexivas consideran la existencia, el desarrollo y la fidelidad perdurable de la Iglesia a lo largo de veinte siglos como un verdadero milagro. Está habitada por el Espíritu dado en Pentecostés, el Espíritu que *renueva la faz de la tierra* (Salmo 104:30). Una de sus misiones, por lo tanto, es rejuvenecer la Iglesia, renovarla en su espíritu juvenil, más allá del pecado.

UNA RENOVACIÓN CONTINUA

Los obstáculos en el camino de la historia son numerosos y a veces insidiosos. La Iglesia, como cualquier institución humana, y dado que vive dentro del tiempo, se ve amenazada por **el envejecimiento**. A los efectos del tiempo se suman los del pecado, que paraliza la generosidad, oprime la espontaneidad, cuando no la destruye por completo. Por consiguiente, los períodos de renovación son esenciales para la Iglesia.

La acción divina del Espíritu y la solicitud maternal de María se despliegan incansablemente para **impulsar a la Iglesia de Cristo** sobre el camino de la santidad, que es el de su renovación. A lo largo de su historia, la Iglesia, guiada por el Espíritu, ha experimentado tanto el pecado como la victoria sobre él. De diversas formas, continuará por este arduo camino.

Sabe, en particular, que en el **Sacramento de la Reconciliación**, el Espíritu Santo es el perdón de los pecados y la renovación de la esperanza de una vida mejor. Hoy es beneficioso redescubrir el dinamismo espiritual de este sacramento, gracias al nuevo ritual desarrollado tras el Concilio Vaticano II.

La Iglesia también cuenta con la acción constante de **María, Madre de la Misericordia**, que es Jesús mismo. Pobres pecadores, acudimos incansablemente a la Madre de Jesús. Ella

nos conduce de regreso a nuestro Salvador y, en última instancia, nos prepara para la hora de nuestra muerte, en la que está presente, pues es la hora de nuestro último nacimiento, la que nos introduce en la eternidad de Dios.

A lo largo de los siglos, concilios, sínodos, las acciones de los santos, las persecuciones y muchos otros acontecimientos han desempeñado un papel fundamental en la renovación de la Iglesia. El Espíritu Santo, como Persona Divina, y María, en el corazón de la Comunión de los Santos, rejuvenecen constantemente el Cuerpo Eclesial de Cristo, ayudando a los cristianos a alcanzar **una vida de caridad más auténtica según el Evangelio**.

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Dado que nos centramos aquí específicamente en el papel de María en la misión de la Iglesia, es natural que consideremos el título de Madre de la Iglesia, que Pablo VI le otorgó oficialmente el 21 de noviembre de 1964. *Este título, como observó uno de mis cohermanos marianistas, debería haber llenado de esperanza a todos los cristianos. Sin embargo, muchos han caído víctimas de la falta de perspectiva, al no contemplar con la amplitud suficiente los veinte siglos de cristianismo. En el imaginario popular, María ha sido representada como una anciana, preocupada y sufriente, ante una Iglesia desconcertada en una época que ya ni siquiera le presta la debida atención.*

María, Madre de la Iglesia, es en realidad la joven madre en la plenitud de su maternidad, una muchacha de trece o catorce años. Porque la Iglesia no nació hace mucho tiempo, solo para envejecer a lo largo de los milenios. Está siempre en constante renacimiento; para cada generación, es algo nuevo que, con gracia, transforma el curso y la inevitabilidad de la historia.

La Iglesia nace constantemente, y María la da a luz continuamente. Y estos nacimientos son siempre imperceptibles para los historiadores, que solo los descubren retrospectivamente.

¿Es el desgaste del tiempo, o el tiempo necesario para la maduración y expansión de la fe? La elección es nuestra. Pero para María, guiada por el Espíritu, la respuesta es sencilla: **el tiempo sirve al crecimiento y la santidad de la Iglesia** en el fervor del Espíritu. Lo que no se hace con el tiempo no puede resistir al tiempo, como dijo un sabio.

Dando a luz a un mundo nuevo

Así, la misión del Espíritu y la de María se unen en una obra de nacimiento, un resurgimiento constante de la vida incluso donde las fuerzas de la muerte están presentes.

LA IGLESIA SIEMPRE EN RENACIMIENTO

Cada vez que la Iglesia requiere un nuevo nacimiento, continúa mi cohermano marianista, María cumple su papel maternal. Y estos momentos cruciales exigen constantemente una nueva Iglesia. Cuando una cultura se desvanece en favor de otra, aún indefinida; cuando una generación de jóvenes barre el camino de sus mayores y se abre paso por una senda nueva aún por trazar...

Nuevas fronteras bloquean continuamente nuestro camino: límites del cambiante panorama cultural, fronteras de las preguntas sin precedentes que plantean a la humanidad las tecnologías recién inventadas. La Iglesia debe siempre cruzarlas y reinventar una forma adecuada de vida cristiana.

En resumen, la Iglesia debe ser siempre joven, para que nadie, en ninguna época ni cultura, quede fuera del ámbito de la esperanza.

María, por la gracia de la maternidad que le fue confiada una vez para siempre, está siempre presente en el parto. Debemos redescubrir la maternidad en su origen, en sus primeros instantes: donde la humilde disponibilidad humana, fruto de la gracia, se encuentra con el poder del Espíritu que la hace fecunda para la vida eterna.

Manifestemos nuestra esperanza en María, Madre de la Iglesia, no mediante cálculos ansiosos sobre el futuro, basados en nuestra imaginación o en planes que constantemente se ven frustrados; sino confiando en la Madre, que nos dice: «Haced lo que él os diga», sin saber exactamente qué significa en ese momento; con total disponibilidad, sin rigidez ni pusilanimidad...

La visión de la realidad puede generar ansiedad ante el futuro. La confianza en María, Madre de todos los comienzos, nos invita a la serenidad y la esperanza. No, María no es la anciana que solo conserva sus arrugas y sus oraciones para alejar las amenazas que se ciernen sobre sus seres queridos. Ella es eternamente joven Eva, Madre de los vivos, cuya maternidad naciente es una fecundidad inagotable. (Padre Bernard Vial, SM, «Joven Madre de una Iglesia Joven»).

EL NACIMIENTO DE UN MUNDO NUEVO

La revelación cristiana, una vez más, otorga **un sentido dinámico** a la misión de la Iglesia, animada por el Espíritu. Así como el Espíritu en María engendró a Cristo y, por eso, a su Iglesia en este mundo, así juntos continúan, hasta el fin de los tiempos, el nacimiento del mundo, orientado hacia su plenitud final. Según el *Credo*, el Espíritu Santo es *el dador de vida, el vivificador*, y María es y sigue siendo, en toda su misión, *la Madre*, la que da la vida, la engendra y la cuida.

San Pablo, en su carta a los Romanos, presenta la esperanza de la Iglesia como la expectativa de **un proceso de gestación constante**. El Espíritu se cernía sobre las aguas de la creación. Hoy, poco a poco, obra la plenitud de la gloria en el corazón del mundo: *toda la creación gime a una, con dolores de parto. Y no solo la creación; también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, anhelando la adopción como hijos, la redención de nuestros cuerpos. Porque en esta esperanza fuimos salvados. Y en esta esperanza esperamos lo que aún no vemos, y lo aguardamos con paciencia* (Romanos 8:22-25).

Tal es la esperanza cristiana. A la luz de la fe, sabemos y ya podemos vislumbrar que **un mundo nuevo está tomando forma**. Como todo nacimiento, esto no ocurre sin sufrimiento ni sacrificio. Pero tenemos la certeza de que el Espíritu de Dios hará surgir de nuestro mundo, manchado por el pecado, un mundo nuevo que un día irrumpirá en la gloria de Cristo resucitado, el día en que venga *sobre las nubes del cielo* (Mt 26:64).

MARÍA, MADRE DEL NUEVO MUNDO

Cuando hablamos del nacimiento cósmico, pensamos no solo en el Espíritu de vida, sino también en la Mujer por excelencia, María, **Madre de la maternidad universal**. María, en íntima alianza con la Iglesia, la invita a compartir sus cuidados maternos, a participar de su *sufrimiento* y también de *la alegría de haber traído y seguir trayendo un ser humano al mundo*. Este texto de San Juan (16:21) nos remite al Calvario. Allí, con su Hijo y único Salvador, María dio a luz a la Iglesia en medio del sufrimiento.

Desde ahora, en el corazón de la Iglesia, animada por el Espíritu de Pentecostés, **es la Madre de este nuevo mundo**, que se gesta continuamente a lo largo de la historia humana. Nace cada vez que el rostro de Cristo se manifiesta en los corazones de la humanidad y la humanidad, creada a imagen de Dios, alcanza *la semejanza* de este Dios que es Amor.

Para expresar esta verdad, al Padre Chaminade le gustaba poner en boca de María estas palabras de San Pablo a los Gálatas (4:19): «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros». El nacimiento del nuevo mundo es el **nacimiento del rostro cósmico del Hijo**. *Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación. Todas las cosas fueron creadas por medio de él y para él* (Col 1:15-16). Y el mundo entero encuentra su plenitud solo en Él.

LA ESPERANZA CRISTIANA

Tener esperanza **no es solo perseverar en el tiempo**, sino también **mirar más allá del tiempo**, hacia lo trascendente, como decimos. La revelación en Romanos, capítulo 8 (especialmente los versículos 22-25), muestra que tales eran ya las perspectivas de la Iglesia del primer siglo: el sufrimiento, la angustia y la espera adquieren su pleno significado cuando se experimentan como el nacimiento de un mundo espiritualizado, redimido por Jesús y santificado por el Espíritu Santo.

La declaración de San Pablo a los Colosenses (1:24) solo tiene sentido a la luz de esto: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia». Pablo, proclamando el Evangelio a las naciones, soportó pruebas que consideraba una continuación de las de Cristo durante su vida terrenal. Estas pruebas prepararon el camino para el fin de los tiempos y, por lo tanto, para **la plenitud de la Iglesia**. Todos los cristianos están invitados a compartir esta convicción y a situar su compromiso con el Reino, sus sufrimientos y su angustia en la perspectiva del nacimiento del nuevo mundo, el de la Iglesia-Humanidad en gloria.

María, habiendo entrado ya en la plenitud de Cristo resucitado, en cuerpo y alma, es hoy para la Iglesia peregrina en la tierra *el mejor signo de esperanza cierta y de consuelo*, afirma el Concilio (LG, n.º 68).

La Misión: La Salvación del Mundo

El tiempo de la Iglesia es propiamente **el tiempo de la misión**, como Jesús resucitado se la encomendó a los apóstoles: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15). Toda persona debe ser capaz de recibir la proclamación de la Buena Nueva y la llamada a la salvación y a la unidad, de la cual la Iglesia es sacramento.

LA MISIÓN DEL ESPÍRITU Y DE MARÍA

Para llegar a todas las personas, la acción misionera del Espíritu Santo **adopta múltiples formas** y se refleja en las acciones de todos los cristianos, de todas las personas de buena voluntad. Mediante una multitud de iniciativas diversas, el Espíritu Santo *vivifica todo el cuerpo de la Iglesia, del cual es el alma* (LG 7, § 7). Él dirige a la humanidad, *reunida en Cristo* y peregrina en la tierra, hacia el Reino del Padre (Gaudium et spes, n.º 1). Llama y ayuda a los cristianos a *difundir la luz de la vida con toda seguridad y valentía apostólica, incluso hasta derramar su sangre* (Concilio Vaticano II, Decreto *Libertad Religiosa*, n.º 14, § 3). En efecto, *el Espíritu de Dios guía el curso del tiempo y renueva la faz de la tierra*. Por lo tanto, está presente en la **evolución cristiana del mundo** para que, mediante el compromiso de los cristianos, llegue el Reino de Dios (Gaudium et spes, n.º 26, § 4).

Como podemos ver, el Concilio Vaticano II dilucidó claramente la acción misionera del Espíritu Santo. Pero si bien el Espíritu es divino, la Iglesia, en la tierra, es humana. Por lo tanto, su misión también es humana. El Concilio la invita a mirar a aquella que, con Cristo, fue la Iglesia en su misma persona. De esta íntima cooperación con el Salvador brota hoy **su misión a la vez como Virgen y Madre**. Como Virgen, *mantiene la integridad y pureza de la fe que entregó al Esposo* (LG, n.º 64). Como Madre del Hijo de Dios y de los fieles, *sus hermanas y hermanas, en cuyo nacimiento y educación coopera con su amor maternal* (LG, n.º 63).

El Concilio abre así un camino real que guía los esfuerzos misioneros de la Iglesia. Con María, **la Virgen**, la Iglesia se siente llamada a ponerse **al servicio de la fe** en su Salvador, el Señor Jesús. Con María, la Madre, la Iglesia está llamada a desplegar todas las expresiones **de su caridad maternal**. Ambas misiones, la de la Virgen y la de la Madre, deben vivirse con esperanza. La Iglesia, dócil a las inspiraciones del Espíritu de Pentecostés, participa, pues, de la misión de María, que, naturalmente, debe inspirar a todos los que se asocian a la misión apostólica de la Iglesia (LG, n.º 65, fin).

HACIA LA PLENITUD

Así, el Espíritu y María, presentes activamente a lo largo de la historia de la Iglesia en nuestro mundo, preparan *el cielo nuevo y la tierra nueva que aguardamos según la promesa y donde mora la justicia* (2 Pedro 3,13; cf. Isaías 65,17).

El **Libro del Apocalipsis**, escrito por San Juan para infundir esperanza a los cristianos perseguidos, muestra, a lo largo de su capítulo doce, que la Iglesia de todos los tiempos puede depositar su plena confianza en *la Mujer*, la Madre del Mesías, quien *vencerá definitivamente al dragón, la serpiente antigua, el engañador del mundo entero* (v. 9). Mientras espera la venida de este nuevo mundo, la Iglesia vive en la esperanza, pues en su interior, volcada hacia Cristo glorificado, el Espíritu y la Esposa claman: «¡Ven!» (Ap 22:17).

3.- EL CAMINO DE MARÍA

LOS CAMINOS DE LA HUMANIDAD

María no solo nos guía hacia Jesús y el Espíritu Santo, sino que también desea enseñar a cada cristiano a ser, como ella, un **miembro activo de la Iglesia**. Para discernir verdaderamente el camino de María hoy, y por lo tanto el nuestro, debemos, como el Concilio tuvo que hacerlo, ampliar, en nuestra mente y corazón, la idea misma que tenemos de la Iglesia.

Con demasiada facilidad, se ve a la Iglesia simplemente como una realidad histórica y geográfica, y por ende, como una realidad humana. Sin embargo, es también **un misterio divino, el plan del Dios de Amor**. Este proyecto, que trasciende el tiempo, se realiza para el beneficio de la humanidad, y así ha sido desde mucho antes de la creación, a lo largo de la historia terrenal y más allá de esta vida, en *la vida eterna*. Así, en esta Iglesia, llamada a ser *la Comunión de los Santos*, la Santísima Virgen María encuentra el lugar que le corresponde.

- Como **miembro de la Iglesia**, su camino está entrelazado con el de todos los miembros de la Iglesia, con el de toda la humanidad.
- Como **arquetipo de la Iglesia**, su camino ejemplifica el de toda la Iglesia.
- Como **madre de la Iglesia**, de cada cristiano, su misión maternal exige respuestas filiales.

Así es como el camino de María puede presentarse en el corazón de la Iglesia en la que vivimos hoy y que, en el caso de nuestra diócesis, ha entrado en sínodo. La Iglesia puede beneficiarse enormemente al dejarse interpelar, no solo por los caminos individuales, sino también por el camino ejemplar de la Madre de Cristo.

EL CAMINO DE MARÍA

EN SOLIDARIDAD CON TODOS LOS PUEBLOS

Que María sea un miembro vivo y activo de la Iglesia parece sorprender a muchos católicos. Por lo tanto, surge una pregunta importante que merece nuestra cuidadosa consideración.

Una Tradición Constante

Comencemos con **dos textos** que pueden iluminar y guiar nuestra reflexión. El primero es de San Agustín y expresa la antigua Tradición de la Iglesia; el segundo, más reciente, es del Papa Juan Pablo II.

UN TEXTO DE SAN AGUSTÍN

En el Sermón 25 sobre el Evangelio de San Mateo (PL 46, 937-938), San Agustín cita primero las palabras de Jesús: «Aquí está mi madre, aquí están mis hermanos». Y luego: «Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre, que me envió, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12,48-50). He aquí algunos extractos de su comentario.

Santa María sí, cumplió la voluntad del Padre, y por consiguiente, es más importante que María haya sido discípula de Cristo que su madre. Su alma preservó la verdad más que su vientre la carne. La Verdad es Cristo; la carne es Cristo. La verdad es Cristo en el alma de María; la carne es Cristo en el vientre de María. Lo que está en el alma es mayor que lo que está en el vientre.

¡Santa María, bendita María! Y sin embargo, la Iglesia vale más que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es parte de la Iglesia, un miembro eminente, un miembro superior a los demás, pero en última instancia, un miembro de todo el cuerpo. Si es todo el cuerpo, el cuerpo es ciertamente más que un solo miembro (Texto citado en La Liturgia de las Horas, vol. IV, p. Oficio de Lecturas del 21 de noviembre: La presentación de la Santísima Virgen).

Este testimonio del siglo V expresa la Tradición de la Iglesia antes de todas sus divisiones, durante los primeros diez siglos de su existencia. El Concilio Vaticano II, al incluir el texto sobre María en el Documento sobre la Iglesia, fue fiel a esta antigua tradición: María es miembro de la Iglesia, un miembro eminente. **El camino de María concierne a toda la Iglesia.**

UN TEXTO ACTUAL

Cuando el Papa Juan Pablo II desea presentar a María como miembro de la Iglesia, comienza evocando *el plan eterno de Dios*, revelado por san Pablo en su carta a los Efesios: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales» (1:3). Este plan es universal y concierne a todas las personas, desde las primeras hasta las últimas. También se refiere, comenta el Santo Padre, al Hijo de Dios hecho hombre, Cristo, quien tomó la delantera a la humanidad. En esta humanidad creada, un lugar singular está reservado para la «mujer que es Madre de aquel a quien el Padre confió la misión de salvar a la humanidad» (Juan Pablo II, Madre del Redentor, n.º 7).

Cristo, el Verbo Encarnado, está, por lo tanto, primero y único en la humanidad, así como el Hijo amado que estaba con el Padre antes de la creación del mundo (Efesios 1:4). En segundo lugar viene **toda la humanidad**, de la cual María forma parte, criatura santificada como nosotros. Sin embargo, entre la multitud de los salvados, ella fue elegida y llamada a ser **la Madre de Jesús** y a participar en la misión del Salvador, su Hijo.

María se sitúa así dentro de la humanidad redimida, que se ha convertido en la Iglesia. La **singular vocación** de Madre de Dios le otorga a María un lugar especial dentro de la Iglesia de Cristo. Como mujer creyente, María simboliza, dentro de la Iglesia, **la comunidad de creyentes**, la Iglesia de la caridad, la comunión de los santos, toda la Iglesia como un solo Pueblo de Dios.

La vida cristiana vivida con María

Iluminados por los dos textos anteriores, ahora podemos comprender algunas de sus implicaciones y alinear mejor nuestro camino humano con el de María, miembro de la Iglesia que todos formamos juntos en la tierra como en el cielo.

MARÍA ESTÁ CON NOSOTROS

Muchos católicos se sienten tentados a colocar a María por encima de la Iglesia y, por lo tanto, fuera de ella, a distancia. Sin embargo, toda la Tradición Cristiana presenta a María del lado de la humanidad salvada y santificada. Los lazos de la verdadera fraternidad cristiana nos invitan a llamar a **María nuestra Hermana**, lazos que nos unen por el amor mutuo.

Es cierto que María está *unida a su Hijo por un vínculo estrecho e indisoluble. Está revestida de la suprema función y dignidad de Madre del Hijo de Dios. Así, es la hija amada del Padre y templo del Espíritu Santo. Mediante el don de esta gracia suprema, supera con creces a todas las demás criaturas celestiales y terrenales.* Pero el resto del texto nos recuerda que **María, la Madre de Dios, está cercana a nosotros.** Sin embargo, al mismo tiempo, por su descendencia de Adán, está unida a todos los que necesitan salvación (LG, n.º 53). Como es nuestra Hermana, estamos tan unidos a María, tanto en su humildad como en su grandeza. Con ella, experimentamos más plenamente nuestra propia humildad y nuestra elevación por la gracia del Señor.

LAS GRACIAS DE MARÍA SON TAMBIÉN NUESTRAS

Todo lo que Dios le dio a María, se lo dio también a la Iglesia, a la que María pertenece con todo lo que es y todo lo que tiene. ¿Acaso alguien pensaría en excluir a la madre de la familia por poseer grandes cualidades? Al contrario, tal situación llena de orgullo a toda la familia y ayuda a cada miembro a crecer en el amor a su madre.

María no solo enriquece la Comunión de los Santos, sino que **sus gracias no son, en su naturaleza, diferentes de las nuestras.** *La gracia de su Inmaculada Concepción, por ejemplo, es análoga a la de nuestro Bautismo.* Ambas nos hacen santos y libres de pecado, aunque la gracia de María le fue dada con una plenitud única que el Espíritu mantuvo y desarrolló en ella a lo largo de su vida, sin que ella fallara en nada. Por lo tanto, Dios la envuelve con el mismo amor que muestra a todo cristiano, aunque sus dones difieren de uno a otro, según la vocación de cada persona.

VIVIENDO CON MARÍA

El camino de santidad de María, por ser ella cristiana, es un ejemplo del de la Iglesia. El Concilio vuelve a esclarecer este punto. *Si bien la Iglesia ya ha alcanzado la perfección en la Santísima Virgen, por la cual es inmaculada y sin arruga (cf. Ef 5,27), los fieles se esfuerzan aún por crecer en santidad, venciendo el pecado. Por lo tanto, elevan la mirada a María: ella brilla como modelo de virtud para toda la comunidad de los elegidos. La Iglesia, reflexionando devotamente sobre ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho carne, penetra más profundamente, llena de reverencia, en las profundidades del misterio de la Encarnación, y*

se conforma cada vez más a su Esposo (LG, n.º 65). La santidad de María, como la de la Iglesia, está en conformidad con la de Cristo mismo, *el único Santo* (LG, n.º 39).

Al hacer nuestra esta doctrina, somos llevados a vivir en gran cercanía con la Madre de Jesús, que también es nuestra. Con ella, somos verdaderamente familia. **Estamos invitados a entrar en el corazón de María.** El padre Chaminade nos asegura que allí no se encuentran otros intereses que los del Sagrado Corazón de Jesucristo, su Primogénito y nuestro Hermano Mayor (Chaminade, *Escritos Marianos*, II, n.º 596).

El fundador de los marianistas estaba tan convencido de esto que llamó a la Iglesia la *Familia de María*, queriendo enfatizar con esta expresión que la Iglesia se reúne y vive en el resplandor del amor de la Madre de Jesús. Sin embargo, no hay peligro de que este amor nos monopolice. *El amor que María nos tiene es tan ardiente, y además, tan dependiente de nuestra conformidad con su divino Hijo, que toda su ambición, si es que se puede hablar así de la más santa de las criaturas, es que los hijos que su caridad engendra, después de este adorable Salvador, lleguen a ser un solo hijo con él* (ibíd.). A su manera, el Concilio afirma la misma verdad: *toda la acción de la Santísima Virgen sobre la humanidad en el orden de la salvación... lejos de impedir en modo alguno la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la facilita* (LG, n.º 60).

Por lo tanto, **María no es la mediadora** que a veces hemos situado entre Jesús y nosotros, hasta el punto de separarla de la Iglesia. Tal modelo, que parece tan simple y bello, no se corresponde con la realidad de lo que la Iglesia es en su misterio. **La Iglesia, como dice Jesús en la parábola de la vid (Jn 15), está unida a él sin mediación alguna.** Las ramas forman parte de la vid, y los miembros del cuerpo están directamente unidos a la cabeza, a la vez que interconectados. **María tiene un papel mediador en la Iglesia**, porque está en unión a su Señor. Allí, dada la profunda unión de la Madre con su Hijo, intercede por los hermanos y hermanas de Jesús, siendo ella misma miembro plena de la Iglesia.

EL CAMINO DE MARÍA EL CAMINO DE LA IGLESIA
--

Sigamos explorando las implicaciones de la pertenencia de María a la Iglesia. Más que un modelo a elegir entre varios, María es el modelo humano, el **arquetipo de la Iglesia** considerada como humanidad santificada.

María es la Iglesia en una sola Persona

Los autores cristianos de los primeros diez siglos hablaban de María y la Iglesia como dos realidades que eran una sola. Para ellos, pasar de una a otra no suponía ningún problema. María era, para ellos, como la Persona-Iglesia, la Iglesia en una sola persona.

¿QUÉ ES UN ARQUETIPO?

El Concilio, al presentar a María en su relación con la Iglesia, reitera lo que san Ambrosio, obispo de Milán en el siglo IV, ya decía a sus fieles al exponer el Evangelio según San Lucas (LG, n.º 63, nota 18): *La Madre de Dios es el arquetipo de la Iglesia... y esto en el orden de la fe, la caridad y la perfecta unión con Cristo*. San Ambrosio usa el término «typos» en griego; es difícil traducir esta palabra simplemente al español. Por lo tanto, la mayoría de las traducciones del texto conciliar la traducen como *figura* o *modelo*. La palabra «tipo» en griego puede tener este significado. Sin embargo, en referencia a la filosofía de Platón, la palabra «typos» también adquirió el significado de figura perfecta, un ejemplo original sobre el cual se basarían todos los demás. Su significado es, entonces, el de arquetipo, donde «archē» en griego significa principio, el inicio de una serie, como en Juan 2:11, que presenta el milagro de **Caná** como el *comienzo de los signos de Jesús*, el milagro arquetípico.

MARÍA, ARQUETIPO DE LA IGLESIA

Se nos permite llamar a María el arquetipo porque, **antes del nacimiento de la Iglesia**, ella es su figura y su realización, en su propia persona. La Iglesia, como comunión efectiva de los creyentes en Cristo, nació en el Calvario mediante la muerte de Jesús, a su lado. En efecto, Cristo en la cruz, de lo que estaba dividido, hizo uno. En su carne destruyó el muro de separación: el odio (Ef 2:14). Desde esa hora de salvación, la Iglesia, como nuevo pueblo de Dios, la reunión de la humanidad redimida, pudo existir y, de hecho, existió. Jesús tuvo que morir por la unidad de los hijos de Dios, dispersos por el pecado (Jn 11:49-52).

Antes del **nacimiento de la Iglesia en el Calvario**, María, en su propia persona, vivió lo que la Iglesia -la comunidad de creyentes- estaría llamada a vivir más tarde. María fue creada santa e Inmaculada desde su concepción. Así afirma san Pablo, es como la Iglesia debe llegar a ser según el amoroso plan del Padre (Ef 1,4; 5,27; Col 1,22). Lo que María es desde su comienzo, la Iglesia debe llegar a ser en su plenitud. Desde la encarnación en adelante, bajo la guía del Espíritu Santo, María se consagró a la persona y misión de su Hijo, como lo haría la Iglesia desde Pentecostés en adelante. Ante la Iglesia María fue elevada en cuerpo y alma a la gloria del Señor Resucitado, como lo será la Iglesia al final de los tiempos. María ofrece así, de manera preeminente y única (LG 63), la imagen misma de lo que la Iglesia debe llegar a ser según la voluntad de Dios.

Toda la vida cristiana es mariana.

Descubrir a María como arquetipo de la Iglesia y darle este título, representa un avance importante en la vida tanto de María como de la Iglesia. Los lazos que las unen son tales que no pueden existir la una sin la otra; juntas forman la única Iglesia de Jesucristo.

LA IGLESIA ES MARIANA

Esta afirmación, puede parecer exagerada incluso para el conjunto de los cristianos de hoy. Iluminando su sentido el Concilio no hace más que volver a una antigua tradición.

Una verdad antigua alterada

A partir del siglo XIV, cuando se comenzó a considerar **la Iglesia sobre todo como una realidad jurídica**, su antigua imagen comenzó a alterarse. La Iglesia, para el conjunto de la cristiandad tendió a identificarse con el Papa y los obispos, de los que se subrayaba sobre todo el poder, espiritual evidentemente, pero también temporal.

Además, la realidad terrenal de la Iglesia tendía a dominar la conciencia cristiana. La Iglesia se define como militante. Entonces comenzarían sus luchas por la **defensa del poder**. María ya no tenía más lugar en esta Iglesia, limitada a la Tierra. Así, en la comunión de los santos, fue vista relegada también al cielo, por encima de la Iglesia y, en cierto modo, fuera de ella. María se convirtió en mediadora entre Cristo el Señor, el juez poderoso, y esta Iglesia terrenal. Basta con contemplar el Juicio Final de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina (siglo XV) para comprender esta profunda transformación eclesial y, por consiguiente, mariana.

Una verdad redescubierta

Hoy, gracias sobre todo a una comprensión más profunda de las enseñanzas bíblicas sobre María, gracias al Concilio que nos devolvió la visión de la Iglesia como Pueblo de Dios (LG, capítulo 2), María puede recuperar el lugar que le corresponde en la Iglesia. Siempre y cuando los cristianos de hoy tengan la lucidez y el valor de trascender su antigua concepción de la Iglesia como meramente terrenal, para redescubrirla en todo su misterio (LG, capítulo 1). Pues **la visión que tenemos de la Iglesia condiciona la visión que tenemos de María**; ambas son inseparables y se influyen mutuamente de forma continua.

Consecuentemente con toda la enseñanza del Concilio, el Papa Juan Pablo II, al profundizar en su comprensión del *lugar de María en la vida de la Iglesia y de cada cristiano, contempla el misterio del Calvario, donde Cristo expresó en singular la nueva maternidad de su Madre, refiriéndose a un solo hombre: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). A continuación, extrae la siguiente afirmación: En estas mismas palabras se evidencia plenamente el motivo de la dimensión mariana en la vida de los discípulos de Cristo: no solo de Juan, que en aquel momento se encontraba al pie de la cruz con la Madre de su Maestro, sino de cada discípulo de Cristo, de cada cristiano... La maternidad de María, que se convierte en herencia de la humanidad, es un don, un don que Cristo mismo concede personalmente a cada persona.* (Juan Pablo II, La Madre del Redentor, n.º 45).

No solo la Iglesia entera, nacida en el Calvario, es mariana por la voluntad expresa de Jesús moribundo, sino que también nos revela *la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo*. Todo discípulo de Jesús, y en un sentido más amplio, toda persona, tiene a María como su Madre. **El cristiano, por la gracia de su bautismo, se constituye así hijo de María**, cualidad que Jesús comparte con él. ¿Por qué no aceptar esto y vivirlo?

EN RESUMEN.

María, como arquetipo, cumple de antemano, en su propia persona, lo que la Iglesia cumplirá más tarde en la multitud de sus miembros. Así presenta el padre **René Laurentin**, gran mariólogo, en un texto anterior al Concilio, a María en esta situación.

Todas estas anticipaciones no son ajenas a la vida de la Iglesia; pues en María es donde la Iglesia comienza su vida oculta. Así, podría decirse que en María la Iglesia comienza a ser santa e inmaculada, a incorporarse a Cristo, a participar de sus misterios y a resucitar con él. Desde esta perspectiva, María aparece como el primer miembro de la Iglesia, aquella en quien la Iglesia realiza de manera más perfecta y anticipada su esencia más profunda e inalienable: la comunión con Cristo.

Así, inicialmente unida a María, la Iglesia debe aprender gradualmente a distinguirse de ella, del mismo modo que un niño aprende a distinguir su cuerpo del de su madre, su sonrisa de la sonrisa de su madre... Poco a poco, la Iglesia aprenderá, en un mismo proceso, a conocerse con mayor claridad y a conocer a María con mayor claridad.

Y ella se presenta ante la Iglesia como el punto donde realiza su suprema perfección, como su edad de oro inicial y final. La edad de oro inicial: es cuando María era la única Iglesia, acogiendo a Cristo en la tierra por la fe y viviendo con Él en la caridad. La edad de oro final: es la resurrección, la consumación hacia la cual se esfuerza la Iglesia militante y que la Virgen alcanzó personalmente.

Cuanto más se aleja la Iglesia de su edad de oro inicial, más se acerca a su edad de oro final, que será la Parusía, y más descubre en su origen esta perfección de santidad, y antes de ella esta perfección de gloria que es el misterio de María. Más experimenta sus limitaciones, sus imperfecciones, su condición de laboratorio...

La Iglesia se regocija, y cuanto más reconoce en María su ideal y modelo, cuanto más la honra como imagen y programa de su plenitud, cuanto más descubre finalmente el valor de su ayuda diaria (René Laurentin, Iniciación Teológica, V, pp. 299-300).

No hay mejor manera de expresar que María es para la Iglesia el arquetipo, el programa de su vida, su desarrollo, su plenitud en la gloria. La Iglesia de Jesucristo no puede prescindir de María, ni de la Iglesia de su Hijo, que también se ha convertido en su Iglesia.

La Iglesia, como María, virgen y madre

Así, la Iglesia encuentra en la vida de María sus actitudes más típicamente cristianas. El mismo Espíritu Santo formó, a imagen de Jesucristo, la **plena santidad de María como ejemplo de la de la Iglesia**. En su propio misterio, la Iglesia experimenta el de María del mismo modo que el de María se desarrolla en el de la Iglesia. En Lumen Gentium (núms. 63-64), el Concilio subraya especialmente dos cualidades de María, aplicándolas específicamente a la Iglesia: *Virgen y Madre*.

LA IGLESIA, COMO MARÍA, ES VIRGEN

María es Virgen, afirma el Concilio, porque *en la fe y la obediencia dio a luz en la tierra al mismísimo Hijo de Dios, sin relaciones carnales, sino por la acción del Espíritu Santo; una nueva Eva, dio sus pasos desde la antigua serpiente, pero desde el mensajero de Dios, con una fe verdaderamente multifacética (LG, núm. 63).*

La virginidad de María se presenta así como expresión de su **fidelidad esponsal a Dios** y, después de la Encarnación, a su Hijo Jesús. Ella la vivió con una actitud característica: fe y obediencia, es decir, en *la obediencia de la fe*, como reflexiona Juan Pablo II siguiendo a san Pablo (Rom 16,26; cf. Rom 1,512; Cor 10,546).

Y la aplicación a María es la siguiente: *En la Anunciación, María se entregó por completo a Dios, manifestando la obediencia de la fe a Aquel que le habló por medio de su mensajero, y rindiéndole un homenaje pleno de intelecto y voluntad. Así, respondió con todo su ser humano y femenino, y esta respuesta de fe implicó una perfecta cooperación con la gracia preveniente y auxiliadora de Dios y una perfecta apertura a la acción del Espíritu Santo, que, mediante sus dones, perfecciona la fe incesantemente* (Juan Pablo II, *Madre del Redentor*, n.º 13; Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*, n.º 5; *Lumen Gentium*, n.º 56).

La virginidad es, por tanto, la actitud típica de la Mujer de la Alianza, de aquella que se ha comprometido totalmente a hacer lo que Dios le dice y a cumplir la Palabra de Dios como fundamento de su existencia. La fe de la Virgen inspira su obediencia a Dios, la cual engendra en María *cooperación y disponibilidad*.

La Misión Virginal de María-Iglesia

Y aquí, siempre según el Concilio, se encuentra la actitud de la Iglesia, siguiendo a María y en unión con ella. *La Iglesia es también la virgen que mantiene intacta y pura la fe que entregó al Esposo. Imitando a la Madre de su Señor, conserva de manera virginal, por el poder del Espíritu Santo, una fe inquebrantable, una esperanza firme y una caridad sincera* (LG. n.º 64).

Juntas, **María y la Iglesia**, una en el ámbito invisible y la otra en el mundo visible, comparten la misma responsabilidad **respecto a la fe en Jesucristo**: mantenerla íntegra tal como la recibieron del Señor, vivirla como expresión de su fidelidad dedicada a Cristo. La fe vivida por cada cristiano es, por tanto, para él, en la Iglesia y con María, **un testimonio de pertenencia a Jesucristo**. Desde esta perspectiva, el Credo se convierte en una oración de compromiso con Dios.

Trabajar en la Iglesia al servicio de la fe, su expansión, su profundización, su cultivo en los corazones de jóvenes y adultos: todos estos compromisos pueden vivirse, dentro de la Iglesia, como expresiones fundamentales del amor cristiano a María.

LA IGLESIA, COMO MARÍA, ES MADRE

Basta con recordar que María es la Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre en su seno, por obra del Espíritu Santo que *la cubrió con su sombra* (Lc 1,35).

La Maternidad de Gracia de María

La maternidad divina de María incluye implícitamente su maternidad de gracia hacia la humanidad. *Pues dio a luz al Hijo, a quien Dios estableció como primogénito entre muchos hermanos* (Rom 8,29), es decir, los fieles. Por lo tanto, en su amor maternal, coopera en su nacimiento y crianza (LG, n.º 63). En un mismo entendimiento y en un mismo acto, María se

convirtió así, **de hecho**, en la Madre de Jesús y, **virtualmente**, ya en la Madre de todos aquellos que constituirían, a lo largo del tiempo y el espacio, el cuerpo eclesial de su Hijo.

La maternidad de gracia de María se desarrolló y se hizo efectiva a medida que vivía, íntimamente unida a su Hijo, los diversos misterios del Salvador. De este modo, *colaboró verdaderamente en la restauración de la vida sobrenatural en las almas. Por eso fue para nosotros una madre en el orden de la gracia* (LG, n.º 61).

La maternidad de gracia de la Iglesia

El Concilio presenta la maternidad de la Iglesia en armonía con la de María. *La Iglesia, que contempla la misteriosa santidad e imita la caridad de María, la Iglesia, que cumple fielmente la voluntad del Padre, se convierte también en madre mediante la acogida llena de fe que ofrece al Verbo de Dios. Porque, por medio de la predicación y el bautismo, trae a la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios* (LG, n.º 64).

La Iglesia solo puede ser madre, afirma el Concilio, si contempla la misteriosa santidad de María e imita la **plena identidad entre santidad y caridad**, identidad establecida en el capítulo 5º de Lumen Gentium. Este importante capítulo, a la luz de María, revela una nueva extensión: convertirse en santo en la Iglesia, mediante una vida de caridad, es participar de la maternidad de María y hacerla presente en la Iglesia. Tal es **la fecundidad espiritual y eclesial de la caridad**.

Al afirmar que la Iglesia se convierte en Madre cuando *cumple fielmente la voluntad del Padre... mediante la acogida llena de fe que ofrece al Verbo de Dios*, el Concilio remite al Evangelio ya citado por San Agustín: «Quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12,30). En otro pasaje de su obra, el mismo San Agustín, con eco del Concilio, afirma que *María es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo... porque cooperó, mediante su caridad, en el nacimiento, dentro de la Iglesia, de los fieles, que son miembros de esta Cabeza, Cristo* (LG, n.º 53). San Agustín considera que la cooperación de María en la salvación está íntimamente unida a la de la Iglesia, en vista de **una misma maternidad** que engendra a los fieles de hoy como hermanos y hermanas de Jesús (LG, n.º 63, fin). Para comprender mejor cómo vivir la maternidad de la Iglesia hoy, primero debemos definir claramente otra de las responsabilidades de María: es Madre de la Iglesia.

MISIÓN MATERNAL, RESPUESTAS FILIALES

María es el arquetipo de la virginidad y la maternidad de la Iglesia. Como Madre, María no solo está dentro de la Iglesia, sino que también es Madre de la Iglesia. ¿Qué se pretende expresar con este título dado a la Madre de Dios?

La Madre de la Iglesia

Como sabemos, el Papa Pablo VI proclamó solemnemente a **María Madre de la Iglesia** el 21 de noviembre de 1964. Este título no es nuevo, pues la Iglesia, desde la antigüedad, ha considerado a María como su Madre.

EN EL CALVARIO, MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Para comprender **el origen** de la maternidad de María en relación con la Iglesia, debemos remontarnos a los últimos momentos de Jesús en el Calvario. Allí, según el Evangelio de Juan (19:25-27), Jesús proclamó a su Madre como la Madre de su discípulo amado. Este acto del Salvador no es principalmente un gesto de ternura filial y familiar.

Según los exegetas, el evangelista presenta su texto como una revelación. Jesús en la cruz no crea la gracia de la maternidad de María, sino que revela una realidad que existía desde que María, en la Encarnación, concibió a Cristo, *el primogénito de muchos hermanos* (Rom 8:29). *En esa hora*, el Salvador, antes de morir, completa su misión sellando definitivamente toda su vida. La misión de Cristo era, en efecto, reunir discípulos y sentar las bases de la Iglesia. Pero la Iglesia solo podía nacer en el acto final de la vida de Jesús: su muerte.

Pero antes de eso, **quiso presentar su Iglesia al mundo**, en un acto profético, del mismo modo que quiso celebrar su muerte en la Eucaristía del Jueves Santo, antes de experimentarla al día siguiente en la Cruz. La primera Iglesia, o mejor dicho, la Iglesia en sus comienzos, no es otra que **su Madre y su discípulo**, unidos por el mismo Salvador. El discípulo acoge este don de su Maestro. Abraza a la Madre de Jesús en su fe como discípulo. La Iglesia, incluso hoy, está invitada a acoger a la Madre de su Señor de la misma manera. Porque **María no se impone a nadie**, ni siquiera a la Iglesia. Jesús se la ofrece para que la reciba como un don, una gracia.

Como Madre espiritual de la humanidad, María, guiada por el Espíritu Santo, tiene la misión de conducir a cada persona a acoger a Jesús, el Salvador, y entrar, por medio del bautismo y la fe, en la Iglesia. Como humilde sierva del Espíritu, María ejerce su maternidad espiritual hacia los bautizados, formando en ellos el rostro, **la imagen más perfecta de Jesús**. ¿Acaso no es esta también la misión de la Iglesia?

María y la Iglesia, una sola maternidad

Hacia los hermanos de su Hijo, cuya peregrinación aún no ha concluido, María ejerce amorosamente su papel maternal (LG, n.º 62). El Concilio afirma que, siguiendo a María y en unión con ella, este es también el papel de la Iglesia (LG, n.º 63).

LA MISIÓN MATERNAL DE MARÍA-IGLESIA

La Iglesia, que contempla la misteriosa santidad e imita la caridad de María, la Iglesia, que cumple fielmente la voluntad del Padre, se convierte también en madre mediante la acogida llena de fe que ofrece al Verbo de Dios. Pues, mediante la predicación y el bautismo, ella trae a la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios (LG, n.º 64). Los medios de la Madre Iglesia son, por tanto, **la fe y los sacramentos**. El papel propio de María es fomentar el crecimiento de la Iglesia de la caridad, la Iglesia como comunidad cristiana en la que se celebran los sacramentos. Porque, *a lo largo de su vida, la Virgen María fue modelo de ese amor maternal que debe inspirar a todos aquellos que, unidos a la misión apostólica de la Iglesia, cooperan en la regeneración de la humanidad* (LG, n.º 65, fin).

La maternidad no se limita al nacimiento de un nuevo ser; consiste aún más en nutrirlo para que pueda elegir libremente y cumplir su destino. En este caso, el papel de la madre se vuelve más discreto; se convierte en **una influencia**, ya sea la de María o la de la Iglesia, para la salvación de toda la humanidad. Vivir conscientemente bajo esta influencia, acogerla como una bendición, transmitirla a su vez a otros hermanos y hermanas, hacerla visible mediante toda clase de actos de amor: ¿acaso no es esto **cooperar en la Iglesia con la maternidad de María?**

ACTUAR EN LA IGLESIA EN EL NOMBRE DE MARÍA

La mayoría de los cristianos solo piensan en aprovechar la bondad maternal de María-Iglesia. Permanecen en una fe relativamente inmadura, centrada más en el consumo de gracias y sacramentos. María y la Iglesia, en su maternidad compartida, desean guiar a los cristianos hacia **la madurez de la fe**, que es la infancia del Evangelio.

Por lo tanto, ya no oramos solo a María, sino que, entrando en su corazón maternal, nos unimos a ella, a todas sus intenciones presentes, que son precisamente las grandes intenciones de la Iglesia universal: la evangelización, la multiplicación de diversas vocaciones, la paz, la justicia y la caridad en el mundo y en los corazones de las personas. Así, todo cristiano que **ama activamente a María** comparte su solicitud maternal, tal como la percibe, **en comunión con la Iglesia**, para que todas las personas puedan escuchar, ver, vivir y acoger el Evangelio de Cristo Salvador.

En este caso, todo el apostolado de la Iglesia puede adquirir una dimensión mariana. Actuar **en nombre de la Iglesia** es, al mismo tiempo y en las mismas acciones, consagrarse en nombre de María. Pero quien se presenta en nombre de otro está invitado, para ser creíble, a dejar que la presencia de Aquel en cuyo nombre actúa brille, se revele, en su actitud y acciones. El apostolado mariano no consiste únicamente en hablar de ella. ¿No se trata, mucho más profundamente, de **vivir con ella y como ella, en la Iglesia**, para que la Iglesia sea percibida como una Madre con un corazón tan grande como el mundo?

En la Iglesia, hacer una alianza con María

La pregunta que se plantea aquí es: **¿cómo debemos acoger a María**, que Jesús, en su muerte, entregó a su Iglesia como Madre? ¿Qué vínculo, qué relación puede existir, en la Iglesia, entre los cristianos y María? ¿Entre María y la Iglesia?

Desde el siglo XVI, especialmente, algunos cristianos, ya sea de forma individual o colectiva, han hecho **una consagración a María**. Esta práctica ha adoptado muchas formas a lo largo de la historia.

Hoy, cierto nominalismo reserva la palabra «consagración» exclusivamente para Dios. Sin embargo, tanto en el lenguaje cotidiano como en el de la Iglesia, los usos análogos de la palabra son numerosos: uno se consagra a la crianza de los hijos, a iniciar una colecta, a la música, etc. ¿Y por qué no a María? Parece que la palabra «consagración» en sí misma es menos relevante que el proceso que abarca. Volvamos, pues, a la fuente evangélica de dicho proceso: el Calvario.

ENTRE MARÍA Y JUAN, UNA ALIANZA MUTUA

El texto revelador aquí es, una vez más, Juan 19:25-27. En el momento en que la Iglesia nace por el sacrificio de Cristo, Él da a conocer a sus seguidores que tienen una madre, la suya. Con la muerte de su Hijo, María asume así una nueva maternidad: la de la Iglesia de su Hijo. (Juan Pablo II, *La Madre del Redentor*, n.º 20).

Un texto de alianza

Jesús, dirigiéndose a su Madre y al Discípulo, les dijo: «Aquí tienen a su hijo, aquí tienen a su madre». Max Thurian afirma que nos encontramos ante **palabras de alianza**, análogas a la Alianza bíblica. En efecto, Jesús, al morir, establece un vínculo de amor mutuo entre su Madre y su discípulo amado: «Ella es tu madre, tú eres su hijo». La Madre de Jesús se convierte en Madre de la Iglesia de los discípulos de Cristo, y ellos se convierten en hijos de María mediante esta alianza mutua que Jesús mismo establece. Una vez consumado este acto final, Jesús supo que todo estaba completo. Acababa de fundar la Iglesia a imagen y semejanza de lo que él mismo es a través de su Encarnación redentora: Hijo de María. Por lo tanto, al morir, *pudo confiarle al Padre el espíritu* (Jn 19,28-30).

Mediante las palabras de alianza que Jesús pronuncia, la Iglesia adquiere su *dimensión mariana* (Juan Pablo II, *La Madre del Redentor*, n.º 45). De ahora en adelante, esta nueva realidad forma parte de su propia naturaleza y, por lo tanto, de su fe. Esta es la última voluntad del Salvador, su testamento a favor de su Iglesia. La Madre de Jesús no tuvo que aprobar esta alianza por un acto explícito. Desde el “sí” de la Encarnación ya había entrado con todo su corazón en el designio de salvación.

El discípulo, por su parte, **ratifica esta alianza**. A la Madre de Jesús, que ahora le pertenece oficialmente, la acoge *entre sus bienes más personales* según el significado mismo de las palabras del Evangelio. [El texto griego dice: “*eis ta idia*”, traducido hoy en la liturgia: “*como algo propio*”] ¿Y cuáles son sus *bienes más personales*? Para el discípulo amado de Jesús, no es su casa, sino la fe amorosa que profesa a su Maestro. Todo discípulo de Jesús, desde entonces, por su bautismo y su pertenencia a la Iglesia, es objetivamente hijo de María, y la Iglesia universal de los discípulos de Cristo, tal como Jesús la estableció hasta el fin de los tiempos, es una Iglesia de carácter mariano, una Iglesia cuyos miembros son, por la gracia de Dios y su fe, hijos e hijas de María, así como son hijos e hijas de Dios, a imagen y semejanza de su Maestro.

Hacer alianza con María

Esta escena del Calvario es de suma importancia para comprender el vínculo que une a cada discípulo con María: una alianza con ella, un vínculo de amor filial y maternal recíproco entre nosotros, los discípulos de Cristo, y María, nuestra Madre. Sin embargo, debemos reiterar lo que ya hemos señalado. María no se impone como Jesucristo. En la Iglesia, es un don de amor, una gracia concedida por Dios. Se trata, por lo tanto, de acogerla, como lo hizo Juan espontáneamente por amor a Jesús.

La Alianza expresa una **pertenencia filial a María**. **No es, pues, una consagración a Dios en Jesucristo, sino un proceso eclesial**: en torno a María, Madre de la Iglesia, sus hijos e hijas, hermanos y hermanas de Cristo, se congregan para constituir la Iglesia como una

inmensa *Familia de María*. «No os dejaré huérfanos», les dijo Jesús a sus discípulos antes de su Pasión (Juan 14:18). Que la Iglesia de Cristo no se convierta, como lamentablemente sucede hoy con tantas familias, en una iglesia monoparental. En el Calvario, en un solo acto de amor, Jesús entregó a su Padre como Padre de ellos (Juan 20:17) y a su Madre como Madre de ellos (Juan 19:26-27), mientras que él, Jesús, se convirtió en *primogénito entre muchos hermanos*, la humanidad es salvada por él y llamada a ser incorporada a su Cuerpo, la Iglesia (Rom 8,29).

Grados de Alianza

Esta alianza explícita con María puede vivirse con **distintos grados de profundidad**. Algunos quizás aún no hayan comprendido *el don de Cristo a su Iglesia, un don que Cristo mismo otorga a cada persona* (Juan Pablo II, citado anteriormente). Independientemente de que una persona, y más aún un discípulo de Cristo, reconozca o no el papel de María, ella es su Madre según el Espíritu y por la voluntad explícita de Cristo. Desde nuestra perspectiva, lo importante siempre será tomar conciencia de esta verdad fundamental, que constituye la filiación mariana de todo cristiano en Jesús, el Hijo de María.

Pero el hecho de que las personas, y especialmente los cristianos, experimenten **cierta actitud filial hacia María** ya es una primera respuesta de alianza. A medida que crece este amor filial, la respuesta se vuelve más profunda. Se convierte en una respuesta completa cuando se abraza el amor filial a María, **sellado por un compromiso** de vivirlo en la fe, la esperanza y la caridad (LG, n.º 67, fin). Entonces, *María misma es recibida entre los bienes más personales*, en nuestra vida cristiana.

EN LOS CAMINOS DE LA GLORIA

Desde su **Asunción personal**, María ha vivido en la gloria de Cristo resucitado. La Iglesia ya está parcialmente acogida en la gloria, y parcialmente aún se encuentra en camino hacia ese mismo destino. Así se prepara la **Asunción colectiva** de toda la humanidad santificada en Cristo (LG, capítulo 7).

La Asunción de la Mujer (Ap. 12)

En su Asunción personal, María experimentó la etapa final de su vida, su entrada definitiva en la gloria, donde fue exaltada por el Señor como Reina del universo para asemejarse más perfectamente a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y la muerte. **María se asoció así al misterio supremo de Cristo**, su Ascensión y Realeza universal (cf. Fl. 2,9-11). En la gloria, sigue siendo el arquetipo de la Iglesia, pues *es la imagen y el principio de lo que la Iglesia será en su plenitud* (LG n.º 59). Lo que María es hoy, la Iglesia en la multitud de la humanidad lo será mañana; su destino común continúa uniéndolas, así como todos los miembros de la Iglesia celestial están unidos a los de la Iglesia terrenal (LG n.º 49-51).

La entrada de María en la gloria fue también la plena realización de su alianza personal con Jesús. **Es la glorificación de la dualidad que la Madre experimenta ahora plenamente con su Hijo y Salvador**. La novia es llevada a la morada eterna de su Esposo en una comunión inefable y eterna. Ahora es aquella Mujer coronada con doce estrellas, como se describe en Apocalipsis 12:1.

Sin embargo, este mismo capítulo 12 revela a la Iglesia, que está en la tierra, que la Mujer, la gloriosa madre del Mesías (v. 3), continúa estando activamente presente para el *resto de sus descendientes, quienes observan los mandamientos de Din y guardan el testimonio de Jesús* (v. 17). Porque aunque María ha llegado, **los suyos aún están en camino**. La Asunción fue su glorificación definitiva en cuerpo y alma. Mientras la Iglesia aún espera...

La Asunción de la Iglesia

Al final de los tiempos, cuando llegue la tierra nueva y los cielos nuevos será la Asunción de la Iglesia (Ap. 21 y 22), es decir, de toda la Humanidad que ha recibido la salvación en Cristo. Entonces la esposa del Cordero será la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén. Aquí la Escritura presenta no una Mujer sola sino una Ciudad divina, que une a todos los santos en una comunión inefable y eterna. Esta ciudad es **la Iglesia en su multitud**, reunida en torno a la Mujer María, que son ambas la Esposa del Cordero. Entonces la Alianza, llegada a su plenitud, se sellará por las Bodas del Cordero.

Jesús habló a menudo en el Evangelio del **Reino de Dios como un banquete nupcial**. De este modo, nos dirigió hacia la plenitud definitiva de su Iglesia, llamada a vivir una tensión escatológica a lo largo de su camino terrenal. Pero se nos dan señales para iluminar nuestra fe, sostener nuestra esperanza y alimentar nuestro amor.

La Ascensión de Jesús fue una primera señal divina, el arquetipo de todas las demás: la glorificación de nuestro Salvador en su unidad es el fundamento y el principio de la gloria para la humanidad.

Luego vino **la Asunción de María, su Madre** y colaboradora privilegiada, el segundo acto: la glorificación de María en su **papel de dualidad**. Desde *ahora hasta la llegada del Día del Señor (cf. 2 Pe 3,10), ella resplandece ante el Pueblo de Dios en su camino como signo de esperanza y consuelo seguros* (LG, n.º 68).

Finalmente, tendrá lugar la **Asunción de la Iglesia**, el acto final, en el glorioso regreso del Señor. Esta será la glorificación de la santa humanidad en su **inmensa multiplicidad**. Entonces Dios habrá reunido, en su propia casa y para siempre, a todos los suyos en la unidad de la creación renovada. Esta será la celebración de las *bodas del Cordero*, la plena realización del plan de Dios para la humanidad: *todas las familias de las naciones felizmente unidas en paz y armonía como un solo Pueblo de Dios para la gloria de la Santísima e indivisible Trinidad* (LG, n.º 69, fin).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

MARÍA INMACULADA, MUJER DE LA ALIANZA BÍBLICA

EL CAMINO DE MARÍA, CAMINO A DIOS

María, la mujer «llena de gracia»

María, la Santa Virgen

María, la creyente, mujer de la alianza

María, la mujer del Adviento bíblico

EL CAMINO DE MARÍA, CAMINO A CRISTO

María elige ser la Madre de Jesús el Salvador

María se consagra a Jesús el Salvador

María vive en comunión con Jesús

Salvador

JESÚS Y MARÍA: LA DUALIDAD

El principio de la dualidad... Una teología de la dualidad

LOS CAMINOS DE MARÍA Y LA IGLESIA, CAMINO AL ESPÍRITU

EL CAMINO DE MARÍA Y LA IGLESIA HACIA PENTECOSTÉS

María prepara a la Iglesia para su Confirmación: La Iglesia de Pentecostés

LA IGLESIA EN EL FERVOR DEL ESPÍRITU SANTO.

La Iglesia, comunidad de creyentes.

EL CAMINO DEL ESPÍRITU, RUTAS DE ESPERANZA.

El Espíritu transforma para el bien.

Una Iglesia renovada por el Espíritu.

Nacimiento de un mundo nuevo.

La misión: la salvación del mundo.

EL CAMINO DE MARÍA, LOS CAMINOS DE LA HUMANIDAD.

EL CAMINO DE MARÍA, EN SOLIDARIDAD CON LA HUMANIDAD.

Una tradición constante... La vida cristiana vivida con María.

EL CAMINO DE MARÍA, EL CAMINO DE LA IGLESIA.

María es la Iglesia en una sola persona.

Toda la vida cristiana es mariana.

La Iglesia, como María, virgen y madre.

MISIÓN MATERNAL, RESPUESTAS FILIARES.

La Madre de la Iglesia.

María y la Iglesia, una sola maternidad...

En la Iglesia, haciendo alianza con María.

EN LOS CAMINOS DE LA GLORIA

La Asunción de la Mujer. La Asunción de la Iglesia.